

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTICULO XIV.

LA FELICIDAD.

I.

Si buscamos la felicidad completa en el mundo y sus habitantes no la encontraremos jamás.

La felicidad existe únicamente en nosotros mismos, su germen en nuestra alma; y en este último artículo voy á repetir por la vez postrera lo que tantas en el discurso de este libro llevo dicho.

Los medios de hallar la felicidad los tiene en su mano la mujer: sea religiosa con sinceridad, dé alimentos sólidos al corazón y á la cabeza y será feliz.

El hastío es el mas implacable enemigo de la felicidad de la mujer, pero el hastío nace de la ociosidad ó del abuso inmoderado de las diversiones.

No! no es en los bailes, en los espectáculos, en el bullicio del mundo donde la mujer puede hallar la satisfaccion de su corazón, la paz de su alma: en esos fútiles devaneos se embotará su inteligencia y el aburrimiento reemplazará muy pronto al placer.

En el centro del hogar doméstico, rodeado de sus hijos y ayudando á su esposo á sobrellevar los trabajos de la vida, es solo como la mujer es feliz.

Dios, en su infinita misericordia, le dió al mismo tiempo que dolores sin cuento, goces tiernísimos, íntimos y apacibles.

La ocupacion de la felicidad de la familia, el cuidado de su hogar, la lectura, la oracion y el cultivo de algunas flores, bastan para hacer feliz á la mujer de organizacion mas poética y privilegiada.

NOVIEMBRE.

II.

Para conseguir el alimento saludable del corazón, la mujer debe amar, lo necesita: la parte mayor de su felicidad consiste en amar: la mujer sin amor es una planta estéril é inútil sobre la tierra: ame la mujer y que su amor se estienda á cuanto la rodea.

Lejos de mí la pretension de fijarle el objeto de su amor: ame la mujer, cuando vive aun entre las santas paredes de la casa paterna, ame á su criador, á ese Dios tan bueno, tan benéfico, tan amoroso, que llegó á dar la vida de su propio hijo por la salvacion del género humano: á ese Dios que provee todas las necesidades de nuestra vida, todos los afectos de nuestro corazón, todas las aspiraciones de nuestra alma.

Ame á la naturaleza con su sol, sus brisas y sus flores: ame á la infancia: Dios, la naturaleza y los niños pagan siempre nuestro amor.

Ame despues, si su corazón la inclina á ello, á un hombre bueno y honrado que la ampare y proteja, oyendo al par de sus palabras de amor, las bendiciones de sus padres.

El alimento de la cabeza es el juicio y la reflexion: las que creen incompatible la poesia con el orden doméstico y con las ocupaciones útiles padecen un lamentable error: todo lo bueno es bello y poético, ó mejor dicho, poéticamente bello.

Las mujeres, que se entregan á ridículas afectaciones, las que emplean todo su tiempo en estudiar al espejo el peinado, la mirada, la sonrisa y el modo de prenderse, tienen vacío el corazón, hueca la cabeza y no serán jamás dichosas.

Y no es, no, que la escasez de su talento tenga la culpa de sus estravíos: para que cada una cumpla con sus deberes basta que tenga principios religiosos y una alma tierna: el mayor ó menor brillo de la imaginacion, el desarrollo mas ó menos grande de su inteligencia no hacen á una mujer modesta ó ridículamente coqueta y afectada: una mujer de buenos instintos cumple bien y exactamente todas las obligaciones de su estado: es laboriosa, sencilla, dulce y cariñosa y se evita con sus constantes ocupaciones el caer en tristezas románticas é imotivadas, hallando en la bondad de su corazón esa suave y benéfica poesia que es la fuente de la

verdadera, de la única felicidad que existe sobre la tierra.

Yo creo firmemente que en todo corazón de mujer hay un germen más ó menos grande de melancolía, porque, como dice Madame Cottin, la debilidad tierna tiene también algo de triste, emanado sin duda de su misma delicadeza: la imaginación de la mujer además es viva é infatigable; así, pues, la mujer que desee precaverse de la tristeza y de los sueños peligrosos de una imaginación desarreglada, debe rodearse de ocupaciones variadas y que reunan lo útil á lo agradable.

De estas la primera debe ser el cuidado de la familia: la felicidad, que ella proporcione á los seres que ama, hará la suya propia y dará á su conciencia esa tranquilidad inmutable, base de una constante alegría.

III.

Como dije al principio de este artículo no debemos esperar del mundo la felicidad: este proporciona algunos goces, sólidos ó efímeros, que nosotros podemos elegir según nuestra voluntad: el mundo da también algunos momentos de dicha; pero yo encuentro, mis queridas lectoras, una gran distancia de la dicha á la felicidad.

La dicha es pasajera y vá siempre acompañada del temor de su corta duración: la dicha no tiene base, así como no la tienen los castillos de naipes que fabrican los niños; y se viene al suelo con la misma facilidad que esos ténues edificios: nosotros mismos nos forjamos la dicha, según nuestros deseos ó nuestras aspiraciones: el amante la halla en la expresión cariñosa de los ojos de su amada: la madre, que es el ser más generoso de la naturaleza, en padecer por el fruto de sus entrañas: el político en la formación de un gabinete que favorezca sus planes: el músico en oír una melodía de Bellini ó de Verdi: el poeta en que se agote una edición de sus poesías: el autor dramático en que se aplauda una obra suya; y la joven linda en mirarse al espejo y hallarse graciosamente prendida.

Pero todos los seres, que acabo de enumerar, ven eclipsarse brevemente su dicha con las sombras de la duda, de la aflicción ó del desengaño; con una de tantas sombras que velan de continuo el sol de la ventura en el pobre corazón humano.

La dicha es consecuencia de los goces y los goces son efímeros y pasajeros en esta tierra de lágrimas.

No así la felicidad: hija del cielo, el cielo la envía á llamar á las puertas de nuestra alma, que también bajó de la región celeste á nuestro cuerpo.

—Vé, le dice el Criador: vé al mundo: el dorado palacio, la pagiza cabaña, la blanca casita del artista pueden cobijarte: vé y al que te reciba cólmale de venturas: hazle el sol más dorado y brillante, las flores más aromadas, los manjares más sabrosos, el lecho más blando, las brisas más templadas, la luna más pura y clara, y el canto de las aves más dulce y sonoro: vé, mensajera mía: al que te abra su alma, dále alegría perpétua, conformi-

dad en las aflicciones; fervor en la oración; sinceridad en los afectos; ternura en la amistad: dale esa indulgencia que, amenguando los defectos de los demás, los haga menos amargos y ofensivos á su propio corazón: dale para el ser á quien ame, ese amor que tiene su raíz en las entrañas, que se mezcla á la sangre y se encarna en el seno de quien le abriga: ese amor ante el cual no hay dolores, pues hasta el sufrimiento es dulce; ese amor, hijo tuyo y á quien tú llevas siempre pendiente de tu fecundo seno.

Y la felicidad, al oír las palabras del Eterno, bate sus blancas alas y baja al mundo á llamar á las almas.

¡Ay! Cuán pocos se las abren! La ambición es el terrible dique, la barrera invencible que se opone al paso de la celeste mensajera! Ella espera triste durante largos días sentada en los umbrales de aquellas puertas que le cierran, y luego hambrienta, helada, abatida, remonta el vuelo á la región celeste, rozando con las plumas de sus alas las cabezas de aquellos que no quisieron abrirla.

¡A cuántos de estos he oído yo esclamar después de haberla perdido para siempre!

—¿Dónde estás, felicidad, que nunca te hemos conocido?

¡Desdichados! No la esperéis jamás! La negra ambición que alimentásteis, la hizo huir de vosotros!

IV.

No cerreis, lectoras mías, no cerreis vuestras almas á esa hija del cielo: los que dicen que en el mundo no hay más que dolor ofenden impiamente á Dios: él ha colocado la felicidad á nuestro alcance y ha dispuesto que la mujer buena la consiga.

No deis entrada jamás á infundadas tristezas, no lloreis por pequeños contratiempos; las lágrimas de impaciencia escitan la cólera de Dios: las de aflicción caen todas en su mano y los ángeles de vuestra guarda las convertirán en perlas para tegeros gloriosas diademas que os pondrán en el cielo.

Vosotras, jóvenes que entraís en la carrera de la vida, decid todos los días:

—Dios mío, hágase en mí vuestra voluntad.

Y cuando algún infortunio entristezca vuestro espíritu, decid pacientemente:

—Dios lo quiere.

De este modo, jamás la tristeza hará su presa en vosotras: las palabras que os enseño son un fuertísimo escudo en todas las desgracias, en todas las pruebas de la vida: el demonio de la ira huye despavorido al oírlas.

Rezad, jóvenes, rezad todos los días, sobre todo á María Santísima: vuestra belleza, vuestra juventud serán más seductoras si se encarna en vuestros corazones una sólida y afectuosa piedad: compadece á esas pobres jóvenes que dicen que el rezar es *antielegante* y nunca, os lo ruego encarecidamente, nunca las tengais por amigas: nada hay más bello, más grande, más poético que nuestra

sacrosanta religion: es el primero y el último de los amores de la mujer, ó mejor dicho, es la base de todos sus amores.

Jesucristo es la encarnacion del amor sublime, silencioso, mártir de su propia grandeza: su madre es la personificacion de lo mas grande, puro y apasionado que existe.

Si teneis por base de vuestra conducta la religion y el deseo de cumplir con todas vuestras obligaciones, sereis felices: y la apacible igualdad de vuestro carácter, reflejo de vuestra alma tranquila, hará tambien constantemente venturosos á cuantos os rodean.

El amor al trabajo es quizá lo que mas contribuye á hacernos felices, y un entendimiento alimentado con lecturas útiles y agradables, no se deja sorprender por quiméricas visiones, ni por el tedio, esa fatal enfermedad, cáncer enconado de nuestra sociedad moderna, en la cual todo se analiza y se desea constantemente *el mas allá* que pocas veces se consigue encontrar.

¡Ah! Ese *mas allá* es el cielo! Allí encontraremos la verdadera, la inmutable, la eterna felicidad! La que podemos gozar en la tierra la tenemos en nuestra mano, pues nos es dado lograrla con la paz interior de una tranquila conciencia.

No pidais al mundo mas de lo que puede daros: no os creais las que sabeis sentir que sois seres privilegiados sobre todos los demás. No gimais como desterrados en el seno de vuestra familia, de vuestros amigos: no tengais ambicion: perdonad las injurias; ejercitad la caridad; tened fé sincera: amad vuestros hogares; cuidad de las gracias que Dios os ha dado: sed templadas, dulces, modestas, dignas, madres cuidadosas, esposas ejemplares, tened esperanza en Dios; orad con el corazon y sereis felices, yo os lo aseguro; sereis felices!

V.

Hace poco tiempo leí en un periódico un artículo que llevaba el mismo título que este y la firma de una mujer.

¡Pluguiese á Dios que jamás se hubieran fijado en él mis ojos!

Dos cosas hallé en él y ambas lastimaron cruelmente mi corazon: una mujer descreída y un análisis impío de todas las obras, de todos los decretos del supremo juez!

Segun aquella desgraciada autora todos los mortales y en especial la mujer, hemos nacido únicamente para el llanto, para el sufrimiento, para la desesperacion: no tenemos una hora de placer: no tenemos goce ninguno: por todas partes el engaño, la desolacion y los fantasmas horribles de un mundo, poblado de maldades y de perversos habitantes!

Ah, no! Las que hayais leído ese artículo, no creais verdades sus desoladoras utopias! No! La felicidad existe! La vida es buena y hermosa, y está llena de amor, de goces, de ternura, y embellecida con el sol, las flores y la luna que el Señor Eterno nos ha dado! El que cuida del sustento de

las miserables avecillas, el que se interesa y vela por la suerte del mas pequeño reptil, criaria á la mujer únicamente para llorar y sufrir? A la mujer, en cuyo seno tomó carne su hijo? A la mujer, simbolizada en MARIA, gloria, delicia y hermosura del cielo?

Creedme, bellas jóvenes, que dais el primer paso en la carrera de la vida: creedme, madres tiernas, cuya fé vacila ante tan aflictivos sofismas: el camino de la virtud es ancho, hermoso y está sembrado de flores; de flores aromadas que deleitarán vuestros sentidos, si teneis fé y religion. ¿Qué son la devocion, el amor, la resignacion, si no flores de riquísimo perfume que hacen olvidar los abrojos que brotan tambien á su lado?

Que la mujer sufre es indudable. ¿Por qué sería poética y bella si no por el prestigio que ejerce su corona de espinas y por el encanto de su debilidad?

Pero en cambio la mujer, que es buena, se vé rodeada de amor y de purísima felicidad.

Adolescente, la recompensa de sus virtudes, el contento de sus padres.

Esposa, el amor, la estimacion y la confianza de su esposo.

Madre, las tiernas caricias de sus hijos.

Anciana, el amor inocente de los nietecillos que acarician sus plateadas trenzas y besan sus demacradas manos.

Ah, sí! la mujer, léjos de los fantasmas de la gloria, humo siempre; de la ambicion, que es la tortura, la sed hidrópica del alma; de la ciencia, eterno afán de muchas miserables existencias: la mujer, nacida para los dulces goces del hogar, para el amor, para la vida íntima, tiene mas elementos de felicidad que el hombre, dominado por estas pasiones: su mision en el mundo es curar las heridas que ellas abren y la que la cumple es indudable que dirá conmigo:

—¡No, no es una quimera, no es un sueño la felicidad! la virtud nos la da en la tierra y Dios nos la guarda mas completa en el cielo, premian-do en su bondad el que hayamos sabido alcanzarla, creyendo, esperando y amando.

La mujer, que se queja de su suerte, comete una impía ingratitud: el Supremo Hacedor la ha creado adorable por sus virtudes, angelical por su belleza, amable por su dulzura, é interesante por su misma debilidad!

Sí, hay felicidad! Pero casi siempre está entre las débiles manos de la mujer: sí, como espero, llega el dia venturoso en que todas las mujeres sean por su educacion lo que deben ser; si todas llenan la sublime mision, que Dios y la naturaleza les han confiado, el hombre descreído gritará con fervido entusiasmo:

HAY FELICIDAD! DIOS ES TODO MISERICORDIOSO!

Fin del artículo catorce y último.

CONCLUSION.

Cierro aquí mi libro para la mujer.

Mi pluma empero no se ha fatigado en tan grata tarea y va á ocuparse inmediatamente en nuevos trabajos que os ofreceré, lectoras mías, sin detencion alguna.

Yo he querido reunir en este libro la educacion moral de la mujer, es decir, la verdadera educacion, pues por muy brillante que sea la intelectual, de poco ó de nada puede servirle mientras la moral no sea completa y bien entendida.

La sociedad, por mas que digan los filósofos modernos, no adelanta en corrupcion: por el contrario, cada dia descubre nuevos gérmenes de virtud: casi todas las faltas tienen por base la ignorancia ó la alucinacion acerca de los propios sentimientos.

Lo repito: la vida es buena y hermosa, embellecida por los afectos y por la virtud: para el que corre de desórden en desórden llega un dia en que la existencia se convierte en un páramo desierto ó erizado de espinas.

La vida no son los placeres, los bailes, las diversiones, sobre todo para la mujer: esa existencia fútil, disipada, trabajosa, acaba con la salud, anticipa la vejez, embota el entendimiento: la que se entrega tanto al mundo, que no cuida de refrescar el corazon con la virtud, la que deja eclipsar su inteligencia con las sombras de la vanidad, de la lisonja, del egoismo, ¿qué guardará para cuando el mundo la abandone?

Ni la hermosura, ni la riqueza, ni la hidalguía pueden hacer por sí solas dichosa á la mujer, y mas de una vemos dotada de todas estas ventajas, que gime torturada por un dolor sin nombre, por una desesperacion sin término.

La felicidad la encuentra la mujer en su casa en medio de su familia: allí es la reina, la señora; aun mas: allí es la providencia.

Si ocupa su vida en el trabajo, en el amor, en la amistad, y los ratos de ocio en la lectura y en el cultivo de esas graciosas habilidades, hechizo y encanto del hogar doméstico; si desconoce la envidia y tiene piedad y creencias religiosas, si educa á sus hijos para hacerlos hombres de honor y á sus hijas para que sean á su vez buenas y ejemplares madres de familia, entonces podrá decir cada noche al arrodillarse en su reclinatorio:

—¡Gracias os doy, Dios mio, por haberme hecho tan feliz!

¡Admirable bondad la de Dios, que nos ha dado la ventura por premio de la virtud y que la galardona además con una gloria eterna! Solo nuestra religion es tan próspera, tan benéfica y tan dulce!

La educacion moral de la mujer, hasta el dia tan descuidada, es lo que ha de mejorar á nuestra sociedad: esa educacion, base de todas las virtudes y fuente de la verdadera, de la constante felicidad.

Fin de los estudios morales.

LAS SIETE VIRTUDES CAPIALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.***Contra Gula Templanza.***Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.*

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION).

El cura devoró en un santiamén la jicara del chocolate, las picatortas, medio jarro de leche y una torta; pero cuando fué á partir la otra conoció que ya no tenia fuerzas para digerirla.

—Ay! exclamó contemplándola con amargura; cuánto diera la Sra. Pepa de Rica, por este bocado del cielo! Es locura la que tiene por las tortas la pobre muger! y luego con aquel histérico!

—Malaman! Y con quién cree vuesa merced que está tratando, señor cura? dijo picada la sacristana; pues buena soy yo para eso! venga el pañuelo y buen provecho le haga á la Sra. Pepa de Rica!... pues no faltaba mas!

Y diciendo y haciendo tomó el pañuelo de algodon de cuadros, ató en él la torta y se le entregó al sacristan haciéndole guiños para que acompañase al señor cura.

—Vamos, Gorin, dijo D. Mendo tomando su paraguas, ven conmigo y arreglaremos ese asunto.

—Pues ya se vé que irá, dijo la sacristana sacudiendo el balandran del señor cura que se habia llenado de telarañas; ¡no faltaba mas sino que un príncipe de la iglesia fuese cargado con un pañuelo... eso no. Gorin, apaña tú el paraguas, y hasta mas ver, señor cura.

El sacristan tomó el pañuelo, desplegó el paraguas, y á los pocos minutos se encontraron en la casa del cura donde Pepa de Rica permanecía impenetrable cerca de la lumbre para que no se pegase el chocolate.

Eran ya cerca de las diez.

—Ay! señora Pepa, y qué poste le he dado á V., exclamó D. Mendo flechando con una mirada la chocolatera.

—Sí; como todos los dias poco mas ó menos; respondió el ama con voz agria y desagradable como una guitarra destemplada.

—Vamos, dijo el cura subiendo la escalerilla de la sala; no se enfade V., señora Pepa, que no soy yo capaz de desairar á nadie.... Vaya! y mas habiendo cuidado tanto de que no se pegase á la chocolatera. Quieres tomar chocolate, Gorin?

—Gracias, señor cura, ya sabe V. que yo estoy delicado y no puedo tomar nada entre hora.

—Yo tampoco, Gorin; pero primero me dejo re-

ventar que consentir que se pierda una onza.... y mas ahora en verano que todo se echa á perder en un instante. Señora Pepa, súbalo V. al momento; y tú, Gorin, siéntate á mi lado que tenemos que hablar.

El cura se dejó caer en su ancho sillón de brazos colocado siempre al lado de la mesa, y el sacristán ocupó el frente, temblando como un azogado.

—Es decir que estás pronto á remediar lo hecho? dijo el cura con solemnidad, fijando sus miradas en el endeble sacristán.

—Cómo lo hecho? se atrevió á preguntar Gorin, sin alzar los ojos del suelo.

—Es decir, que te ofreces á reponer el nido de palomas.

El sacristán respiró.

—¿Y á meter en él seis parejas de las mejores y mas criaderas?

—No digo que no, señor cura; respondió el sacristán apesadumbrado; pero quisiera mejor abonar á vuesa merced el valor de los pichones, que meterme ahora en la impertinencia de reponer el nido, saltando por los tejadillos de la iglesia como un alcaravan; y luego, que si me ven trabajar en él, todos conocerán que yo soy quien le ha derribado.

—Vamos, Gorin, dijo pausadamente el cura, gozándose en el ejercicio de su soberanía; dice Santa Teresa, que donde no hay trabajos no hay fundación.... Esa vergüenza que te causa reponer el nido será un desagravio para la viuda.... Calla! añadió poniéndose la mano en la frente; y yo que me fui esta mañana sin regar las flores!.... por vida del sétimo pereza! Gorin, toma esa regadera y riégame las macetas; cuidado como las tratas, marrullero, que en esas no ha tocado el difunto.

El sacristán se sonrió con una de esas sonrisas bestiales vinculadas en los grandes-hombres de aldea, bajó á la huerta regadera en mano, examinando cuidadosamente cada maceta, y arrancando la mala yerba que brotaba en alguna de ellas enlazada con las flores.

El cura se despojó de su balandrán y de su sotana, se quedó en mangas de camisa, y se arrimó al balconcillo apoyando los codos sobre la barandilla.

El sol de Julio, aun en aquel clima templado, abrasaba con sus rayos la calva lisa y reluciente de D. Mendo, que no separaba los ojos de las macetas que regaba cuidadosamente Gorin de Provecho.

No pudiendo soportar aquel calor que le hacia hervir los sesos, D. Mendo sacó del armario un gran pañuelo blanco de lienzo casero, y se cubrió con él la cabeza anudándosele debajo de la barba ni mas ni menos que la mismísima Pepa de Rica, su señora ama.

Gorin que entraba y salía en la casa para llenar la regadera, entabló con el ama un animado diálogo en el que la vetusta dueña pasaba revista á las prendas personales de sus antecesoras, y el sacristán á cuantos en sus días habian echado el esquilon á vuelo.

La torta de la sacristana habia dulcificado nota-

blemente el habitual mal humor de Pepa de Rica.

D. Mendo dirigió algunas chanzas de mal gusto al sacristán y á la señora Pepa, que las celebraron con grandes carcajadas; y sin saberlo él mismo, cayó poco á poco en aquel "farniente" que casi siempre le daba el aspecto de un idiota completo.

Rechoncho, colorado, con los ojos inyectados y los labios entreabiertos por una sonrisa de bufo, envuelta la colosal cabeza en el blanco pañuelo de lino, inclinaba el cuerpo D. Mendo fuera del balconcillo, como si sus ojos buscasen un objeto determinado.

Como á vara y media debajo del balcon, habia en la pared una hilera de agujeros donde se albergaban de dia los caracoles.

D. Mendo pasaba las horas muertas con el cuerpo inclinado sobre la barandilla, escupiendo con toda la fuerza de que era capaz, y prorumpiendo en imbéciles carcajadas siempre que lograba introducir la saliva en uno de los agujeros de la pared.

A ese extremo de candidez y de idiotismo conduce las mas veces la soledad, la envidiada vida de la aldea.

Cuando mas distraído estaba D. Mendo en sus operaciones, sintió que unas manos suaves y perfumadas cubrian sus ojos, en tanto que el sacristán que habia vuelto á regar las macetas exhalaba un ligero grito de terror.

—Monseñor! exclamó el cura separando aquellas manos y volviéndose con toda la ligereza que le permitia su obesidad, para echar los brazos al cuello al recién llegado.

El joven abate de Santarua que venia á comer con el cura de Albandi, le estrechó cordialmente contra su corazón, formando un extraño contraste aquella figura juvenil, hermosa y esencialmente aristocrática, con la grotesca persona y epigramático atavío de aquel inofensivo y despreocupado sacerdote.

En el momento de separarse del balcon, D. Mendo divisó al sacristán que acurrucado á la sombra del naranjo no apartaba los ojos del nuevo huésped.

—Eh! Gorin! gritó asomándose de nuevo á la baranda, y sin que le sirviese de estorbo la elevada categoría de monseñor; no te olvides de encerrar en el nido esta misma noche las seis parejas de palomas y cuenta con lo dicho.

El sacristán hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Ahora, añadió D. Mendo con la mayor naturalidad, toma tu vara de pescar y vete á Entréllus, porque necesito enviar esta misma noche unos peces á mi señora la condesa.... entiendes?

El sacristán echó una mirada horripilante á los campos inundados de sol, pensó en lo delicado de su constitucion y salió suspirando del presbiterio, para ir á buscar la caña.

La vista de monseñor le habia dejado hecho una estatua.

El cura sin pensar siquiera en quitarse el pañuelo que le resguardaba del sol, subió los espejuelos

á la frente y bajó acompañado del jóven abate á sentarse á la sombra del naranjo.

III.

EL ABATE.

Era alto, esbelto, altivo,
agraciado, dadivoso,
casi siempre veleidoso,
superficial y festivo.

(Romance.)

Rodrigo de Guzman, hijo segundo del conde de Santarua, regidor perpetuo de Oviedo, era un gallardo jóven de veintidos años, delgado, esbelto, aristocrático como descendiente de real estirpe, y uno de los tipos mas bellos de aquella época galante y licenciosa, en que las costumbres de la regencia habian contaminado á la Europa, llevando sus ideas materialistas hasta el último pensador de la pacífica villa ó la ignorada aldea.

Su rostro perfectamente ovalado y blanco como el marfil, tenia una belleza varonil que cautivaba la voluntad, inspirando casi siempre una poderosa simpatía. Sus ojos negros, vivos y espirituales, parecian penetrar hasta lo mas recóndito del corazón, á la vez que sus párpados transparentes y voluptuosos, velaban con frecuencia el rayo de su profunda mirada, con un abandono de los mas seductores.

Su nariz, recta y un poco abierta, y su boca sonrosada como la de una niña, tenian cierta gracia picaresca, que daba á su gentil fisonomía una expresión sutil y epigramática en la que se traslucía lo que se llamaba entonces un espiritualista y que venia á ser precisamente todo lo contrario.

Cumpliendo forzosamente con las costumbres de aquella época en que todo se hacia *pro fórmula* y que destinaba siempre los hijos segundos al estado eclesiástico, Rodrigo fué ordenado *in sacris* á título de patronato, habiendo presentado en él sus pingües capellanías Doña María Escolástica de la Paz, su tía y madrina, hermana mayor del señor conde de Santarua, que llevaba el pomposo nombre de la Señora Mariscalá.

Rodrigo habia sido educado en el colegio de Jesuitas de Madrid; pero mecido por las contagiosas auras de la corte y poco inclinado á la vida austera del sacerdocio, se decidió á no ser en toda su vida mas que un ordenando bullicioso, entregándose de lleno á la vida aventurera y materialista de los abates franceses.

Apenas se vió ordenado *in sacris*, abandonó el colegio y se trasladó á Candas, al lado de su tía la Sra. Mariscalá, para la que fué una gran satisfacción tener á su lado al jóven ordenando, que si no llegaba á ser un buen sacerdote seria por lo menos un opulento beneficiado.

El conde de Santarua acababa de morir, y su excelente esposa á quien ningun deber retenia ya en Oviedo, se trasladó á Candas al lado de su her-

mana, hundiendo en aquella tranquila y miserable villa á sus cuatro hijas, hermosas todas, todas delicadas, gallardas y apacibles como una mañana de primavera.

Su hijo primogénito se hallaba entonces de embajador en Portugal. Niño mimado de la Mariscalá, que veia como vulgarmente decimos el sol por sus espaldas, el jóven abate, que así se le llamaba en la familia á imitación de los que entonces pululaban en Francia, iba y venia sin cesar á Oviedo, trababa amistad con los calaveras mas desvergonzados de la ciudad, y se empapaba mas y mas en la filosofía de los enciclopedistas, cuyas obras habia estudiado á hurtadillas en el mismísimo colegio de la Compañía de Jesus.

Espíritu investigador y satírico era contra lo que podia esperarse de su edad, excelente observador. Ordenando sin vocación, carecia de fé y acusaba de hipocresía toda práctica de devoción, excepto las que tenian por objeto la caridad, virtud á la que le inclinaba naturalmente su corazón generoso y apasionado, y que segun la moda habia trocado su nombre por el mas material de filantropía.

Dominado su espíritu por las máximas de aquella filosofía que apagaba todo soplo de virtud y se- cababa con su fria razon las fuentes del sentimiento, Rodrigo habia llegado á los veintidos años sin conocer el amor y confundiendo ese purísimo afecto con el deseo sensual que inspira toda mujer impúdica. Las citas, los rondós, las aventuras galantes, eran en la ciudad su ocupación favorita, y tanto habia leído y tanto habian visto sus ojos, que llegó á creer que la inmoralidad era lo único que habia en el fondo de todas las cosas, y que la virtud no existia ni habia existido jamás en este mundo sub lunar.

Y ¡cosa incomprensible! al mismo tiempo que tomaba toda virtud por hipocresía, complaciase Rodrigo en creer que su madre era santa, que sus hermanas eran cándidas, religiosas é intachables y lo creia de buena fé, como Luis XV que por ser rey se consideraba libre del infierno (1), como si un Dios de justicia hubiese de tener en cuenta la categoría de los mortales, para señalarles un puesto en el paraiso.

La excelente condesa de Santarua que no se ocupaba mas que de Dios y de sus pergaminos de nobleza á los que rendia una especie de culto, nada sabia acerca de la conducta de su hijo mas que lo que queria la Mariscalá; se gozaba en verle tan hermoso, se electrizaba al contemplarle todos los dias de fiesta colozado al pie del altar enviando al cielo nubes de incienso, y acompañando al Viático aun á las casas mas infelices.

Unido el cura de Albandí á la familia de los condes por los lazos de una antigua amistad, profesaba á todos los individuos de la familia un cariño servil que estaba en proporción con los muchos favores que de ellos recibia.

(1) Luis XV llegó un dia á amenazar á Choiseaul con el infierno, añadiendo: "en cuanto á mí, es ya otra cosa, soy el ungido del Señor."—(Cantú.)

Mucho apreciaba el señor cura á la señora condesa que estaba todos los días con misas, sermones y novenarios; mucho á la señora Mariscala que en pago de las adulaciones y condescendencias de D. Mendo le regalaba con sendos pernils y aromáticas tandas de chocolate; pero á ninguno profesaba un cariño mas leal, mas desinteresado que al joven abate, cuya hermosura y gracejo le fascinaban.

Rodrigo por su parte, echaba largos párrafos con el señor cura, cuyo carácter era para él una mina inagotable de observaciones. Gozábale en ver á D. Mendo en su escéntrico traje de negligé, gozábale en verle reir como un idiota, tragar como un buitres, contar los maravedises como un avaro, sufrir el despotismo de Pepa de Rica como un cobarde, y en medio de todo correr en auxilio de sus feligreses, siempre con su paraguas de percal azul, siempre con sus anteojos de similor y su sonrisa de idiota, cuya espresion no alcanza á describir nuestra pluma.

Rodrigo habia llegado á cobrar á D. Mendo un cariño que se parecia mucho al que los antiguos señores profesaban á sus juglares. Ejerciendo sobre el cura la influencia mas legítima, la influencia que dá siempre la inteligencia, le hacia oír las crónicas mas escandalosas de la corte sin escandalizarse, llevando D. Mendo su condescendencia hasta el punto de aplaudir al abate los epigramas con que su fecunda imaginacion ponía en ridículo las mas bellas damas de Oviedo y Madrid, sin exceptuar á la reina madre Doña Isabel Farnesio.

D. Mendo, que como todos los curas no se cuidaba mucho de que fuese una hora ú otra para emprender sus viajes, iba con frecuencia á Candas á puestas del sol, pasaba la noche con los señores y emprendía su camino antes de amanecer para llegar á tiempo á decir misa.

Muchos dias tambien el joven abate tomaba su caballo y venia á comer ó dormir á Albandi, donde tenia siempre dispuesta la alcoba de la izquierda, en la sala del presbiterio.

Pero cuando Rodrigo gozaba, cuando estaba verdaderamente como el pez en el agua, era en las temporadas que pasaba en Oviedo. Durante su permanencia en aquella ciudad culta, bulliciosa y esencialmente aristocrática, no se acordaba siquiera de que tenia que volver á Candas, al lado de su tia, donde le llamaba una pingüe herencia; pero cuando su caballo empezaba ya á tropezar por los despeñaderos de la última cuesta, desde cuya altura se descubre la ruinosa villa de Candas, silenciosa como un sepulcro, negra y desgajada como una red destrozada por las olas, su cabeza se inclinaba, su espíritu se encerraba en un círculo de hierro y su pensamiento se volvia hácia el cura de Albandi, cuyas rarezas lograban disipar su mal humor, y con el que se veía libre de las trabas que le imponía una sociedad de suyo impertinente y ceremoniosa.

El dia en que el cura y el abate se disponian á comer debajo del naranjo, Rodrigo que no habia venido tan solo por el gusto de abrazar á D. Men-

do, le preguntó con su habitual buen humor.

—Y cómo va de utilidades, señor cura?

—Mal, muy mal, monseñor, respondió D. Mendo espantando con su pañuelo de cuadros impregnado de tabaco las moscas que revoloteaban sobre la cazuela de sopa que la señora Pepa de Rica acababa de servir malísimamente. Figúrese su señoría que esta misma noche el bribon de Gorin ha derribado el nido de palomas que tenia yo en la torre, y que me surtia con frecuencia de excelentes pichones.... ¿ha visto su señoría mas infamia?

—Bah! dijo sonriendo el abate; vos ejerceis sobre el pobre sacristan el mas absurdo despotismo, y si según creo haber entendido, ha ido ahora con la fuerza del sol á pescar á Entrellus solo por complaceros, no me parece que teneis razon para quejarnos de....

—Cómo no? y porque vaya á buscar unos peces para mi señora la condesa, y porque reponga el nido con media docena de parejas....

—Ah! exclamó con naturalidad Rodrigo; mi madre hubiera renunciado de muy buen grado á los peces que pueden costar un tabardillo al pobre sacristan.... pero hablemos de otra cosa, D. Mendo.

—Como gustéis, monseñor; pero no comeis?

—Luego, luego, respondió Rodrigo apoyando los codos en la mesa de pino, y contemplando el polvillo que cubria la sopa; hace tanto calor!

—Como queráis. Ahora os traerán platos mas frescos y tomareis la revancha; pero en cuanto á ese bribon de Gorin, no tomeis pena por él; el sol le conoce y los peces tambien.... Ya sabeis, añadió con cierto sigilo, precisamente era un dia de verano y los dos se encontraban solos en Entrellus; nadie pudo averiguar como el difunto sacristan se cayó al agua; pero las astucias de Gorin, su aturdimiento siempre que se habla de la muerte de Mingo, y sobre todo sus miras hácia aquella Judit, aquella Rebeca, aquella....

—¿Y creéis que el inocente Gorin de Provecho fuese capaz de cometer un asesinato?

—Vaya si lo creo! Gorin es muy trampa, muy astuto, y tiene su alma en su almario como otro cualquiera.... Aquel dia.... era martes tambien.... Gorin llegó aquí á medio dia con la cesta cargada de peces, que por cierto, trajo á mi casa antes de entrar en la suya para que yo escogiese, ponderándome lo que sentia tenerse que volver tan pronto, pues que según iba la pesca, Mingo llevaba trazas de hacer su Agosto.

Pero la noche venia y el desgraciado Mingo no llegaba, y Gorin se presentó muy oficioso á tocar las oraciones, y acompañó conmigo á la Joaquina que pasó toda la noche llorando como una Magdalena. Al amanecer Gorin tocó de nuevo la oracion de la mañana y me ayudó á misa, y lo hizo todo hasta que á medio dia unos pescadores de vara vinieron á dar aviso de que en las peñas de Entrellus habia un hombre caído en lo mas hondo del despeñadero.... pero ¡Santo Cristo de Candas! añadió el cura volviendo en sí; me habia olvidado

de que estábamos comiendo.... y vos, monseñor, que no habeis probado la sopa.... Eh! señora Pepa! señora Pepa! llévase V. esa sopa y traiga V. corriendo el cocido, y los pichones, y el arroz con leche.... y todo.... todo.... Vea V. S. lo que es el entusiasmo! ni siquiera pensé en el estafermo de la señora Pepa que habria estado escuchándolo todo.... Por vida del sétimo pereza! Pues si me ha oído lo que dije de Gorin, no andarán malos cuentos por el lugar! Señora Pepa!

La señora Pepa no respondió.

El cura impaciente salió á la cocina y vió que su ama sostenia un animado diálogo con el criado de monseñor que custodiaba el caballo de su amo bajo la sombra de un árbol que habia en frente de la casa!

D. Mendo respiró.

—Señora Pepa! dijo entonces acercándose á la doméstica con su habitual sonrisa; no se asuste V... hace V. muy bien en aprovechar el tiempo.... no venga V., no venga V., todo al contrario; vaya V. ahora mismo al estanco y traiga V. una onza de tabaco, y que se lo den á V. de lo que no haya tomado nadie, que es para monseñor.

La señora Pepa que esperaba una reprimenda, echó á correr, no sin admirarse de que un lechuguino tan mirado como el señor abate, manchase sus narices con tan vulgar entretenimiento.

El cura volvió á la cocina, volcó la olla en una gran fuente de barro y la colocó sobre la mesa con la misma naturalidad que si estuviese tomando un polvo.

Rodrigo hizo un esfuerzo para contener la risa que asomaba á sus labios; D. Mendo con las mangas de la camisa remangadas y la cabeza envuelta en el pañuelo de lienzo, tenia cierta semejanza con un grotesco pinche de cocina.

—Ahora, monseñor, dijo el cura sentándose á comer con el buen apetito de costumbre; ya puedo concluir la historia de Gorin, que por cierto me pone siempre de mal humor.

—Y la señora Pepa?

—Ah! la quintañona estaba dando palique al palafrenero de V. S. Cómo va el mundo, monseñor! Ahora la he enviado al estanco que está un cuarto de legua, pues si ella hubiese oído la historia, no nos hubiera dejado á sol ni á sombra.

—Sois un hombre muy filántropo, señor cura.... y á la hora del sol!

—A la hora de todos los demonios, monseñor! ¿Sabe V. S. el daño que puede hacer una dueña que escucha? Mas que la langosta.... y máxime en historias como esta.... Pues, como digo, el alcalde pedáneo y yo nos trasladamos á Entrellus, é hicimos traer al pobre Mingo á la parroquia medio destrozado. Como no es ninguna cosa nueva que un pescador muera en el mar, y como Gorin habia sido siempre el mejor amigo del difunto, nadie concibió la menor sospecha; nadie, excepto la viuda, que según lo que le aborrece, doy mi mano á cortar á que ha dado en el hito.

—¿Y creéis, D. Mendo, que si Joaquina sospechase que Gorin era el asesino, habria guardado

silencio? ¿Creéis que aborreciendo como decís á Gorin, llevaria tan allá su filantropía?

—Filantropía! exclamó el cura encolerizado y levantándose de la mesa para dar mas fuerza á sus palabras, hipocresía! debilidad! Sí, señor, debilidad del sexo, porque yo sé que Joaquina no dará jamás oídos á los rebuznos de ese títere, y sin embargo, pásmese V. S., Gorin se atrevió á echarle piropos en la misma misa de cabo de año, allí, al pié de la ofrenda, cuando estaba todavía la sombra del difunto vagando por la iglesia entre la hostia y el cáliz.... Ah! qué bien dijo aquel que dijo: "Hazles el amor á todas las mujeres, que la que no te corresponda, al menos te vive agradecida."

—Pero, señor cura, os olvidais que estais hablando de una mujer honrada.... de....

—Teneis razon, monseñor; respondió D. Mendo arrepentido de lo que habia dicho y dejándose caer en la silla como desmayado.... bien me lo decia mi difunta madre que esta lengua me habia de perder! Esa pobre muchacha es una santa.... una bendita.... Y el cura se levantó de nuevo, y trajo los pichones y el arroz con leche, y engulló plato tras plato, dejando una escasisima ración para su ama y el criado de monseñor, haciendo mil elogios de la sacristana viuda, y volviendo la cabeza á cada momento como si temiese ser sorprendido por la señora Pepa.

Esta llegó en efecto cuando estaban acabando de comer; venia sudando como un segador: pero mas risueña que de costumbre.

—Señora Pepa, le dijo D. Mendo levantándose y apoyándose en el brazo del abate; coman ustedes bien y charlen mejor, que de mozos y mozas es el hablar, y recojan estos manteles que nosotros nos vamos á echar la siesta para luego marcharnos cuando baje el calor.

Apenas se encontraron solos en la salita, el abate cerró cuidadosamente la puerta, y deteniéndose del brazo á D. Mendo que se encaminaba tranquilamente á su alcoba.

—Vamos á ver, le dijo en voz muy baja y con cierto misterio; es preciso que antes de emprender nuestro viaje tengais la bondad de responder á mis preguntas con toda franqueza. Es preciso que renunciéis por hoy á la siesta; sentaos pues y escuchadme.

El cura que no tenia mas voluntad que la de monseñor, hizo sentar á este en su sillón de brazos y se apoyó de codos en la mesa para escuchar mejor.

—Veamos, monseñor, se atrevió á decir despues de algunos momentos de silencio; ya os escucho, y á la verdad que estoy en ascuas.

—Me parece, dijo el abate mirándole fijamente, que no estais muy contento con la señora Pepa de Rica.

—Contento! ah! monseñor: ¿y cómo he de estar contento con esa lechuza que grazna noche y dia, espíritu de contradicción que concluye siempre como el "humo" por echarme de casa?

—En ese caso, os veríais libre con gusto de esa pobre mujer.

—Oh! sí, monseñor! sería para mí una alegría como la del que se vé libre de un cautiverio.... pero eso es imposible, porque la señora Pepa no se irá y yo no tengo motivo para despedirla.

—Y dejaríais por otra vuestra parroquia?

—Eso..., según y conforme, monseñor; Albandi es una feligresía de las mas pobres; pero sin embargo, me quieren, y no dejan de alumbrar de cuando en cuando.

—Luego estais contento con vuestra vida solitaria?

—Nada de eso, monseñor, soy muy poco inclinado á la soledad, y caigo al momento en una distraccion penosa. Al menos cuando la sacristana viuda vivía en Albandi no tenía yo las tempestades de la señora Pepa de Rica, que me hacían arribar forzosamente á los umbrales de aquella excelente criatura. La señora Pepa rabiaba y maldecía como siempre; pero la viuda que en esto del "qué se me dá á mí" se parecía mucho á este nuestro humilde servidor, me recibía en su casa con la mayor franqueza, iba y venía, y arreglaba la para sobre el marco del balcón, y ordenaba las macetas y plantaba las flores.

—¿Luego seríais feliz, muy feliz volviendo á vivir cerca de Joaquina; no es verdad, amigo mío?

—La pura verdad, señor, la quiero como á las niñas de mis ojos. Conozco que no puedo vivir sin ella, y sin embargo, mi cariño es tan puro y santo como el de dos hermanos que viven juntos.

—Pues qué queréis? yo no concibo amistad desinteresada entre personas de diferente sexo.

—Escuchadme, monseñor! no podreis menos de convenir conmigo en que la señorita Micaela es una criatura encantadora.

—Mi hermana? es ciertamente muy hermosa, señor cura.

—Pues bien; aunque habitáseis solo con ella, bajo un mismo techo, á vos, monseñor, que blasonais de materialista, no se os pasaria por la imaginacion el menor deseo sensual.

—Y es verdad! murmuró Rodrigo ruborizándose.

—Pues bien! eso mismo me sucede á mí con la sacristana viuda, que sin usar de melindres y artimañas, me dominaba sin saber por qué, adivinaba mis gustos, me encantaba con sus habilidades, y cuando los peces de Entréllus dieron cuenta del pobre Mingo Buracos, no sentí su muerte como debía, y casi me alegré de verla sola.... ¡qué queréis, monseñor! Conozco que he sido muy ingrato para con el pobre sacristan que habia muerto pescando para mí; pero en lugar de manifestar las sospechas que tenía de Gorin, las sepulté en el fondo de mi corazón, y nunca hubieran salido de él á no ser por lo del nido de palomas.

—Pues bien, D. Mendo, dijo Rodrigo tendiéndole la mano con efusión; partamos al momento; pronto, muy pronto dareis el último adiós á nuestro humilde presbiterio; pronto os vereis libre de la señora Pepa de Rica, para encontráros de nuevo al lado de Joaquina, de esa mujer tan soberanamente "soberana."

—Ah! monseñor, exclamó el cura echándole los brazos al cuello; os estais burlando de mí.... oh! si mis ojos viesen!.... ese día...

—No.... D. Mendo, lo que os acabo de predecir es la pura verdad. Montemos pronto á caballo para llegar de día.

—Pero es cosa hecha, monseñor? volvió á preguntar el cura tartamudeando de gozo.

—Cosa hecha.... no puedo deciros mas por ahora.... partamos.

El cura se despojó de su pañuelo azul de lienzo que aun conservaba anudado debajo de la barba, calóse el sombrero y ensillando él mismo el caballo se dispuso á seguir á Rodrigo.

En el momento de poner el pié en el estribo, se quedó parado y pensativo como quien recuerda.

—En qué estais pensando? preguntó el abate, impaciente ya sobre su arrogante caballo negro.

—¿Y el nido de palomas, monseñor? exclamó el cura recordando las seis parejas que habia encomendado á Gorin.

—¿Y para qué diablos queréis ahora esos animales, cuando vos tambien vais á dejar el nido?

—Teneis razon, monseñor; es que no puedo, no merezco, no me atrevo á esperar la dicha que me habeis anunciado.... por eso sueño todavía con mi nido.... Ahora veo, monseñor, que tal vez haya sido providencial la caída del nido de palomas, porque como dice una antigua coplilla:

"Vámonos de aquí que corre
la poca fortuna nuestra,
como se cayó la torre
tambien se caerá la iglesia."

Pero, calla! ya viene Gorin.

El abate que caminaba á la par del cura, miró entonces á lo largo del camino, y distinguió al sacristan cargado con su caña, que venía aplastado bajo el peso del calor y de los utensilios de la pesca.

Gorin se detuvo al momento para saludarlos, aunque esquivando las miradas de ambos como las de la serpiente que fascina.

—Gorin, dijo el cura echándola de generoso; estás "por ahora" dispensado de reedificar el nido.

Gorin se inclinó casi hasta el suelo, balbuceando un voto de gracias.

—Y en cuanto á las seis parejas.... las seis parejas.... Eh, monseñor?

—Las seis parejas, respondió el abate picando su caballo, el señor cura os las cede generosamente para que fundeis con ellas un palomar que llevará su nombre.

El cura hizo una señal afirmativa.

—Gracias, mil gracias, monseñor. Señor cura.... paréceme que no puedo creer tanta dicha.... Eh! eh! los peces! los peces! Ellos no son gran cosa.... pero al fin y al cabo....

El cura que corría al alcance del abate, saludó á Gorin con su pañuelo, y ambos ginetes desaparecieron por aquellas sombrías espesuras.

—Vamos! ó el señor cura está de muerte ó ha perdido el juicio, se decía Gorin, no acabando de

dar crédito á lo que acababa de oír. ¡Dispensarme de reponer el nido que fué causa de tales arrebatos! ¡Regalarme las seis parejas para que yo funde un palomar! Oh liberalidad incomprensible! Oh enigma! Oh arcano! Oh esfinge de Tebas!

¿Y los peces que se habian de llevar esta tarde á la señora condesa? Gorin! Gorin! aquí hay algo mas de lo que parece....

Y el sacristan congratulándose por el inesperado desenlace de aquella ocurrencia que le hacia recelar fatales consecuencias, corrió á entregar á la señora Pepa de Rica los peces que traía en el cesto, y ofreció al Cristo de Candas un cirio de cuatro onzas, si continuaba sacándole en bien del be-
rengeñal donde le habia metido el nido de palomas.

(Se continuará.)

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION.)

--Para no dar pasto á las hablillas del mundo, continuó el Conde, os acompañaré alguna vez al teatro y á las *soirées* en que antes nos veían, pues no quiero que haya en nuestra vida ninguna mudanza ostensible; mas en el interior de nuestra casa, os lo repito, seremos estraños el uno para el otro.

La condesa pareció penetrar entonces el sentido de estas palabras, porque lanzándose sobre la carta que el conde habia arrojado al suelo, la tomó y desarrugándola leyó su contenido.

--Es decir, exclamó amargamente, que porque ese hombre ha querido vengarse calumniándome, renegais de mí, de la madre de vuestros hijos!

--Reniego de vos y de ellos, señora; es cierto.

--Pero no veis á donde alcanza esa carta? ¿no conoceis de quien es?

--No, señora.

--La ha escrito el marqués de la Oliva.

--Estoy cierto de que os equivocais: esa letra es de mujer.

--El es capaz de haberla falsificado. ¡Oh, Augusto! prosiguió la desgraciada jóven ¡Augusto! ¿será posible que me abandoneis á ese hombre, vos á quien amo tanto? Poco ha que el Príncipe de Cellemare tuvo que librarme de los insultos del marqués.... él fué quien oyó las insolentes amenazas que me hizo en el teatro, quien me acompañó aquí, y quien al despedirse, me aconsejó que os refiriese cuanto habia mediado entre Silva y yo.

--Siempre habeis de tener ese nombre aborrecido entre los labios, señora!

--Es preciso nombrarle, por desgracia, Augusto... es preciso... tambien á mí me quema ese nombre los labios y quisiera no tener que pronunciarlo

jamás! Pero ¿qué quereis que haga, Dios mio? Augusto, creed en mi virtud, en mi amor, en mi honradez!... Augusto... fiad en mí y nunca volvereis á oír de mi boca ese nombre!

Calló la condesa quebrantada por su profundo dolor y se apoyó desfallecida en una silla.

Pero el semblante de su esposo no espresó ni el dulce sentimiento de la piedad, ni siquiera el interés mas leve: tenia razon; el orgullo se habia posesionado de su alma, herida por la creencia de que Clotilde amaba á Fernando de Silva.

Así, pues, en vez de conmovirse con las palabras de la jóven, se acercó á ella y le dijo:

--Os prevengo, para evitar en lo sucesivo escenas dramáticas de esta clase, que voy á hacer la vida de marido disipado.

--Vos! gritó Clotilde levantando su bella cabeza, como si hubiera atravesado por sus sienes un dardo de fuego.

--Yo, respondió el conde con su terrible calma: voy á jugar, á pasar fuera de casa las noches y á...

--¡No, no lo hareis! exclamó la condesa.

--Lo haré, señora: si la vista de mi disipacion os hace daño, podeis iros al lado de vuestro padre.

--¿Pero qué os he hecho? De qué modo he podido merecer la horrible suerte que nos preparais tanto á mí como á nuestros hijos?

Anublóse terriblemente la frente del Conde, que apretó los puños y murmuró con voz sorda:

--Señora... si estimais vuestra vida y las suyas... no me nomeis jamás á vuestros hijos!...

Y moderándose luego, en virtud de un poderoso esfuerzo de su voluntad, añadió:

--Aun os amo por mi desgracia, y para olvidar que vos amais á otro y que esto lo sabe la persona que ha escrito este anónimo, no perdonaré medio alguno, os lo advierto: poco me importa que todo el resto del mundo lo ignore: ese hombre, ó esa muger lo saben y basta para que yo desee mejor pasar por un marido ingrato y culpable que por un marido víctima.

--¿Conque vais á castigarme por culpas imaginarias? observó la condesa con voz ahogada por las lágrimas.

--Señora, respondió Augusto, si llamais castigo á una decision que os deja en plena libertad, no seré yo quien os lo impida; llamadla como mas os agrade; pero culpád tan solo á la posicion escepcional en que la suerte nos ha colocado: vos sereis inocente.... no quiero meterme á discutir en este punto: sereis inocente de voluntad, pero no lo sois de pensamiento, y yo tengo la fatalidad de ser muy exigente y de no contentarme con medias tintas: he querido siempre todo ó nada, y, puesto que tengo que renunciar á una parte de vuestro corazon, renuncio á todo sin pena.

El conde, al decir estas palabras, se dirigió á la puerta; mas Clotilde le cerró el paso y tomándole las manos con fuerza exclamó:

--Yo os digo, Augusto, que me calumniáis indignamente, y que sois muy culpable en empujarme así hácia la desesperacion: os prevengo que no es justo abandonar así á una pobre mujer, cuando

ella viene á pedirlos amparo, aunque esa mujer llevase en el fondo del corazón culpable!... mas yo sabré pagaros bien por mal y os evitaré el que Dios pueda pedirlos cuenta de mi vida y de mi honor... ¡sí! porque quiero vivir para mis hijos, para vuestros hijos, quiero luchar contra la fatalidad de mi destino, y deciros algún día; si amé, supe matar mi amor con el deber, pues el deber es el verdugo de todas las pasiones culpables: vos que me hicisteis ver en el fondo de mi corazón una pasión, cuya existencia ni siquiera sospechaba, para abandonarme después á sus ímpetus, á sus luchas, á sus dolores, venid á que os perdone, porque perdonaros ansia la pobre mujer á quien rechazásteis sin piedad.

Detúvose aquí Clotilde y en vano esperó la respuesta de su esposo: la funesta ceguedad de este ni se había disipado, ni le había dejado conmoverse con las enérgicas y sentidas frases de la joven.

—El porvenir me es completamente indiferente, señora, dijo: olvidaré el pasado, y en cuanto al presente solo existirá para mí en los placeres de toda clase que, desde hoy, voy á procurarme: vos nada habéis perdido á los ojos del mundo: haré como que no veo las galanterías del marqués de la Oliva; pero quedais en completa libertad de corresponder á ellas: á los ojos de la sociedad seré un marido complaciente, ó como dan en decir los necios un marido *á la moda*; mas entre los dos quedan rotos todos los lazos que nos unían y nada somos, nada podemos ser jamás el uno para el otro.

El conde, así que pronunció estas palabras, salió del cuarto de su esposa y se dirigió al suyo.

Clotilde apoyó sus manos contra el pecho y dejó escapar un hondo gemido.

Un instante después se levantó, dirigióse á una imagen de la Virgen, situada á las piés de su lecho, y oró hasta que la luz del alba vino á hacer palidecer el resplandor de las casi estinguidas bujías.

VIII.

EL DUELO.

Preciso es retroceder algún tanto, lector mío, y que nos traslademos al instante en que el príncipe de Cellemare volvió á buscar al marqués de la Oliva, después de dejar á Clotilde en su casa.

Esperábase en efecto el marqués paseando lentamente entre los árboles de la plaza del Rey, y en honor de su valentía debe decirse que pensaba menos en el peligro que iba á correr batiéndose con el príncipe, que en el efecto que su carta debía producir en el ánimo del conde.

Porque él estaba bien cierto de que su anónimo llegaría á su destino aunque debiese costar la vida á su emisario.

Muchos meses hacía que el marqués solo veía ante sus ojos la imagen de Clotilde, la angelical virtud de esta joven, hacía tan gran contraste con su cinismo, que quizá de este mismo contraste nació la frenética pasión que el marqués le profesaba;

pues una de las prerogativas de la virtud es ejercer una invencible atracción aun en los seres mas depravados y perversos.

Por una aberración de la naturaleza, el marqués de la Oliva estaba dotado de tanto talento como maldad, y de una percepción y un tacto en extremo esquisitos: era capaz de apreciar todo lo que valía Clotilde y se quejaba con amargura de lo que él llamaba su feroz virtud.

¡Quién hubiera amado tanto á ser ella menos pura y angelical! pero la misma dulzura y suavidad, que cautivaban el acre y amargo corazón del marqués, le servían para que abusase infamemente de estas celestiales cualidades, aterrando á la pobre joven con las amenazas que le hacía proferir su exasperación.

En tanto que Cellemare conducía á la condesa á su casa, pensaba el marqués con delicia en el efecto que su anónimo podría producir en el ánimo del conde.

—Ya está perdida, se decía; ya está perdida para ella esa felicidad doméstica de que tanto alarde hacía su imbécil marido: este ya no puede dudar de que una tercera persona sabe los amores de su mujer con Silva, y para distraerse de su desengaño correrá de placer en placer, rompiendo para siempre los lazos que le unían á Clotilde, pues conozco á esta demasiado bien para no estar cierto de que llegará á dejar de amar á su marido si va en busca de placeres degradantes.

Las reflexiones del marqués fueron interrumpidas por el ruido de unos pasos precipitados que se dirigían al sitio en que él estaba.

Era Cellemare, seguido de un criado que llevaba una magnífica caja de pistolas.

Al verlos el marqués se detuvo: Cellemare hizo señas al criado de que dejara la caja sobre un banco de piedra de los que hay diseminados por la plaza, lo cual hizo el doméstico retirándose en seguida á una nueva señal de su amo.

—Os he hecho la justicia de creer que no os moveríais de aquí, señor marqués, dijo Cellemare, y por eso traigo armas para los dos.

—Y sabéis si esas armas me acomodan? preguntó el marqués con altivez.

—No me he detenido á pensarlo, contestó Cellemare con aquella calma mesurada y fría que le daba tanto ascendiente sobre cuantos le rodeaban.

—Permitidme, sin embargo, os diga que es muy extraño no se os haya ocurrido esta consideración: Una persona de mi condición no se bate sin testigos y con las armas que su contrario guste imponerle.

—Mi condición, señor marqués, es por lo menos tan elevada como la vuestra; y notad que no he dicho *mucho mas elevada* por modestia; pero en este instante vuestra condición y la mía desaparecen: vos sois un infame, que ha insultado á una mujer inocente é indefensa, abusando de la ausencia de su esposo: yo soy un hombre honrado que defiende á esa mujer y os pide cuenta de vuestra conducta.

El marqués se mordió los labios hasta hacerse sangre.

El esceso de su rabia no le permitió pronunciar una palabra.

En aquel momento dieron las dos de la madrugada: el príncipe miró en derredor suyo para ver si el tránsito de las gentes podía estorbarle en su mortífero designio: nada se oía: concluida la función del teatro todos los espectadores se habían retirado á sus casas y la plaza del Rey estaba silenciosa y desierta.

Solamente se veía á un sereno, apoyado en un ángulo de la plaza: el príncipe se acercó á él, le dijo algunas palabras en voz baja, y al mismo tiempo se oyó un ruido metálico y leve.

El sereno se alejó prudentemente, y Cellemare volvió cerca del marqués que le esperaba inmóvil.

La luna llena enviaba sus rayos de plata sobre aquellos dos hombres que iban á tener un duelo á muerte.

De repente pareció á Cellemare oír ruido de pisadas y se dirigió hácia el sitio de donde partía el rumor.

Era producida por los pasos de un hombre, que venia embozado hasta los ojos en una larga capa y cuya frente se ocultaba bajo un sombrero de anchas alas.

Cellemare reconoció, sin embargo, su andar desembarazado y su elegante porte.

Por su parte el incógnito reconoció también á Cellemare.

—Ah! sois vos, príncipe? exclamó alegremente: qué haceis por aquí y á estas horas?

Otro que el príncipe hubiera quedado confuso al oír esta pregunta; pero el carácter de Cellemare era tan firme y su conducta tan noble en todas ocasiones, que no daban lugar nunca á la confusión.

—Conde, dijo, no me preguntéis porque no puedo contestaros: si queréis saber el objeto que me hace estar aquí á estas horas, tendreis que adivinarlo.

—¿Quizá un duelo?

—Podrá ser... pero vos ¿por qué os hallais también en este sitio?

—Yo voy en busca de una aventura.

Al oír estas palabras, el príncipe miró atónito al esposo de Clotilde: este continuó.

—¿Quién es vuestro adversario? Tampoco me lo direis?

—Perdonadme que os calle su nombre, repuso gravemente Cellemare.

—Sois misterioso como una novela de Ana Radcliffe, querido; pero de nada sirve vuestra reserva porque veo á vuestro adversario y le he conocido: es el marqués de la Oliva.

—Pues hacedme el favor de ser tan discreto como perspicaz y á nadie digais lo que vá á mediar entre él y yo.

El conde levantó la cabeza con altivez y preguntó al príncipe mirándole de hito en hito.

—Por quién me tomáis?

Luego añadió suavizando la voz y la mirada.

—Puedo saber por qué es el duelo?

—Por el honor de una mujer desgraciada y muy digna de ser feliz; pero hace ya bastante tiempo que estoy haciendo esperar al marqués y no quisiera que en esta ocasión me acusara de remiso.

—Es el duelo á primera sangre?

—Será á muerte.

—Luego la dama en cuestión no tiene padre, hermano ni esposo?

—Tiene esposo y padre.

—Entonces es mucha generosidad la vuestra, ó amais en extremo á esa dama para esponeros á perder la vida por ella, teniendo, como tiene, apoyos legítimos y naturales; pero ¡ah! ya caigo, continuó el conde; el padre será demasiado viejo, y en cuanto al marido... ¿qué marido se bate ya? Caería sobre el cuitado, que tal hiciese, un ridículo eterno.

El conde pronunció estas palabras con una risa estridente y contenida, y luego, como si no pudiesen abrirse paso mas palabras á través de sus labios, hizo á Cellemare un ademán de despedida y desapareció con lento paso.

El príncipe volvió cerca de su enemigo.

—Perdonadme, dijo: ha pasado por aquí el conde D..., y he aprovechado la ocasión para hablarle de un asunto mío.

El marqués abrió la boca para preguntar si este asunto concernía á Clotilde; pero tenía sobrado conocimiento del mundo y sus exigencias para permitirse nombrar allí á la mujer objeto de su contienda.

—Tiraremos á diez pasos, dijo Cellemare con una tranquilidad perfecta y presentando dos pistolas al marqués.

Este palideció porque conoció que á tan corta distancia era segura la muerte de entrambos; no obstante, tomó una pistola, se inclinó fríamente y contó diez pasos volviéndose en seguida.

Ya le esperaba el príncipe: dispararon á un tiempo y las balas partieron silbando.

La del marqués pasó el hombro izquierdo de Cellemare.

La del príncipe quedó dentro del pecho del marqués.

Este se apoyó contra un árbol: en un banco inmediato habia quedado la caja de pistolas de Cellemare que tenía otras dos cargadas.

El príncipe se acercó con paso firme á la caja y tomó las pistolas; alargó una al marqués y se quedó con otra en la mano, volviendo á separarse diez pasos.

El marqués seguía apoyado en el árbol con el brazo derecho porque se desangraba y con la mano izquierda volvió á apuntar al príncipe.

Mas los dos adversarios bajaron el brazo al ver la imponente figura del conde D... en medio de la distancia que los separaba, es decir á cinco pasos de cada uno.

Hubo algunos instantes de silencio y de sorpresa que fueron interrumpidos por el ruido pesado que hizo el cuerpo del marqués de la Oliva al caer al suelo.

Cellemare quiso correr hácia él; mas el conde le detuvo.

—No le mateis; dijo con voz lenta y solemne, estendiendo su brazo hácia el marqués como si hubiera querido protegerle: las estúpidas leyes de la sociedad me impedían batiirme con ese hombre que persigue é infama á mi mujer; mas no me prohiben vengarme de él de otra manera: do quiera iré en pos ó delante de él; haré abortar todas sus empresas; le robaré todos sus amores; le heriré en todas sus afecciones: vivamos con el mundo y segun debe vivirse en este siglo de las luces! En este siglo que hace caer el ridículo sobre el marido que se bate por su honor y que le permite vengarse por todos los demás medios posibles!

El conde al concluir de pronunciar estas palabras dió un silbido particular y dos hombres acudieron al instante: uno de ellos conducia del diestro al pobre y flaco caballo de un coche de alquiler, que el escuálido animal arrastraba con trabajo.

—Meted á ese hombre en el coche, dijo el conde dirigiéndose al lacayo suyo que servia de cochero.

Este, ayudado de su compañero, obedeció la orden.

—Ahora, continuó Augusto, llevadle á su casa: es el marqués de la Oliva: es probable que solo vuelva de su desmayo cuando un médico le haya prodigado los socorros de su ciencia: así, pues, entrégale á Juan, su ayuda de cámara, guardando el mas absoluto silencio acerca de lo que acaba de ocurrir.

El doméstico se inclinó con sumision y en seguida echó á andar el coche llevando á los dos criados en el pescante.

El conde se volvió á Cellemare, que habia permanecido inmóvil y silencioso, y le alargó la mano.

—Gracias, noble corazon! murmuró con una mirada humedecida de lágrimas: si algo es en esta vida de miserias el saber que hay un ser que os pertenece, yo soy vuestro mientras tenga un soplo de vida: muy sombríos veo sus horizontes.... Padre sin hijos, esposo sin esposa, la fatalidad me traza con su descarnada mano el camino de mi existencia: mas aun veo en él una luz purísima que os ruego no aniquileis: la de vuestra amistad!

Cellemare estrechó sin contestar la mano de aquel hombre desventurado y ambos se separaron en direccion opuesta.

Al dia siguiente y á las ocho de la noche Fernando de Silva fiel á la promesa que habia hecho al conde fué á verle á su casa.

Este le recibió con una política mesurada, que encubria el odio mas ardiente y sangriento que jamás ha podido albergar el corazon de un hombre.

Al ver á Fernando toda su pasada felicidad, todas sus muertas ilusiones se desplegaron como un delicioso y risueño panorama.

Mas este hermoso cuadro se cubrió muy pronto con el negro manto de la desesperacion y del desengaño.

Contúvole, empero, esa amarga sujecion del

hombre del gran mundo que ha de parecer impasible ante todo.

Fernando de Silva le refirió lo mismo que Clotilde; mas pintó el amor que esta le habia tenido con tanta vehemencia, dió á conocer tan claramente que el haber renunciado á ella habia amargado su alma y le habia precipitado en la vida de desorden que llevaba, y se manifestó, aun sin saberlo, tan arrepentido por haberla perdido, que si el conde hubiera abrigado alguna duda acerca del amor que ambos jóvenes se profesaban, hubiera desaparecido por completo.

Fernando, cuyo carácter era muy altivo é independiente, no ofreció al conde ahogar su amor hácia Clotilde; dióle á entender mas bien que estaba en su derecho sintiéndole y acariciándole como á su único bien.

La ira, los celos, el furor hervian en el alma ardiente del conde, en tanto que Silva hablaba; no obstante, el desgraciado hombre de mundo no pestañeó ni perdió su aire cortés é indiferente.

El, que hubiera dado toda su vida por poder ahogar á su enemigo entre sus manos!

Estrañas exigencias de la sociedad!

Cuando Silva se despidió del conde, lo hizo con una cortesania helada.

Quedaban enemigos irreconciliables; pero sus combates debian tener lugar en los salones.

El conde no le acompañó hasta la puerta, ni le hizo ningun cumplido: en los hombres de honor no tiene cabida la mentira, aunque les exija el mundo un profundo y doloroso disimulo.

Cuando Silva hubo desaparecido, el conde corrió á un *secretaire*, le abrió y sacó un par de pistolas: cargó y cebó una y acercó el cañon á la sien con mano convulsiva.

Mas de súbito la soltó estremecido, levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Quién sabe si soy padre!

IX.

MALVINA.

Las cinco de la tarde del dia 28 de Febrero serian poco mas ó menos, cuando una muchacha jorobada y en extremo baja de estatura, entraba en el portalito de la casa número 3 de la calle de San Bernardino.

La pobre criatura apenas contaria catorce años: á pesar del intenso frio de aquella tarde de invierno, no llevaba mas abrigo que un vestido de indiana que habia sido azul, y que á fuerza de lavarle, se habia quedado blanquecino.

Habiéndose roto con el uso las primitivas mangas por la parte inferior, la jorobada las habia remendado con un pedazo nuevo y flamante de la misma tela que hacia parecer el resto del vestido mas viejo y deslucido.

La falda, algo corta, permitia ver sus piececillos calzados con unos zapatos de cordoban muy usados que hacian lucir tristemente la blancura de sus gruesas medias de algodón.

Llevaba en el cuello una esclavina de lana negra, hecha al parecer, para una persona de mucha mas altura: esta esclavina era muy vieja; pero estaba limpia y cuidadosamente conservada y guarnecida con un flequito de seda que, por haberse roto su primitivo adorno ó quizá por una inocente coquetería de la muchacha, parecia recientemente puesto.

El semblante de esta pobre niña no era bonito; pero tenia cierta espresion de melancólica dulzura que encantaba: sus facciones eran gruesas; sus ojos garzos; y una hermosa cabellera rubia se enlazaba detrás de su cabeza con gruesas y apretadas trenzas, rizándose en derredor de su ancha frente.

Cuando entró en el portal sus dientes daban unos contra otros de frio, y llevaba en el brazo derecho una cestita cubierta y en la mano un ramo de hermosísimas camelias blancas y de un rojo encendido.

En el estrecho portal trabajaba un zapatero muy anciano.

—Buenas tardes, señor Martin, le dijo la jorobada al penetrar en el patio con voz temblorosa por el frio.

—Buenas te las dé Dios, Malvinita, contestó el anciano, que recogia sus utensilios por falta de luz para trabajar, sin levantar la cabeza y conociendo por la voz á la persona que le hablaba: ¿de dónde vienes con esté frio? continuó echando en su cesto las hormas y los retazos de piel que quedaban por el suelo.

—Vengo de comprar la cena, señor Martin, contestó Malvina, mostrando su cestita al viejo.

—Ah! qué hermoso es hoy el ramillete! exclamó el señor Martin, viendo por primera vez las flores que la jorobada tenia en la mano.

—Verdad que sí? Poco contenta se va á poner la señorita María!

—Pero á las otras no les gustan las flores?

—Pues no les han de gustar! todas tres deliran por ellas; pero como Rosa se las regala á la señorita María, ya se ve.... tiene ella mas derecho que las otras.

—Cómo está la señorita Ofelia?

—Mejor: ya ha cosido hoy desde el alba.

—Ese es el medio de que recaiga.

—Pero, ¿qué ha de hacer, señor Martin? sus hermanas no podian con la labor: la pobre señorita Blanca se ha pasado bordando cuatro dias con sus noches casi sin levantarse de la silla.

—Y tienen ahora mejor gana de comer?

—Cál! No comen nada, señor Martin. Yo no sé que darles de comer que les guste.... ya se ve, si yo tuviera mas dinero de que disponer, ya sabria hacerles cosas apetitosas y manejarlas, aunque tengo pocos años; mas para qué me alcanza?... para una sopa, arroz, un poco de leche y.... se acabó!

—Pobres señoritas! exclamó el anciano con melancolía: á esa edad huérfanas y solas!

—Y sin mas amparo que lo que ganan con sus manos, señor Martin!

—Si yo me atreviese.... dijo el zapatero pensativo; pero es claro, como tienen ese aire, aunque

dulce, algo altanero.... y eso que mi mujer dice que son unas palomas sin hiel.

—Es verdad; cuando entra la señora Antonia en nuestra casa siempre dice: "Voy á visitar el nido de las palomas!" Mas ¿dónde se encuentra la señora Antonia?

—Arriba, en la boardilla, haciendo la cena.

—Aun la llevo yo aquí, dijo la niña mostrando la cestita que llevaba en el brazo: y luego añadió; á bien que la de la señora Antonia será mas entretenida.

—Pse! algo mas: una tortilla y una ensalada, que para eso ya ganan estas viejas manos; pero cree, hija mia, que tanto á Antonia como á mí nos amarga lo que comemos pensando en la triste situación de esas pobres jóvenes; muchas veces le digo: Antonia, bájales algo á las señoritas; pero ella me contesta: "Vaya, Martin, no me atrevo; ¿con qué pretexto les doy yo unas patatas, unos huevos ó un panecillo, que es lo único que les puedo ofrecer?" Si fuera alguna cosa delicada, ¡vaya con Dios! podrian pensar que se les hacia este obsequio por lo particular del género; pero ofrecerles pan ó aceite es decirles que se sabe su miseria, cuando ellas nunca se quejan y ponen tanto cuidado en ocultarla!" Yo conozco que dice bien, y la contesto segun mi costumbre, tienes razon, Antonia; aunque no por eso me duele menos el no poder servir de algo á esas desgraciadas jóvenes!

—Una cosa me ocurre, señor Martin.

—Dí, Malvina: tú eres viva como una centella y me gustan tus ocurrencias.

—Cuando la buena señora Antonia quiera dar algo á las señoritas, que me llame y me lo entregue á mí: yo diré que lo he comprado y ellas lo creerán, porque no saben los precios de las cosas.

—Cuando digo que eres una centella! exclamó el señor Martin contemplando á Malvina con admiracion: vamos, solo á tí te podia ocurrir una idea semejante! Bien dicen que todas las jorobadas son la misma viveza.

—Malvina se sonrió tristemente, en tanto que el zapatero se acercaba á la escalera.

—Antonía! gritó con su robusta voz.

—Qué quieres, Martin? contestó otra voz cascada desde lo alto de la estrecha escalera.

—Baja.

Oyéronse al instante unos pasos tardos y la señora Antonia apareció por fin en la escalera.

Era la señora Antonia una mujer como de sesenta y seis años, baja de estatura y muy gruesa: su cara grande y alegre estaba animada por dos ojillos vivos y penetrantes, á los cuales servia de dovel un ancha frente coronada de cabellos blancos como la nieve.

Su vestido de percal estaba remendado por muchas partes, pero limpio y bien cortado: llevaba en el cuello un pañolón de lana, muy usado, formando cuadros encarnados y verdes; medias azules y fuertes zapatos de cordobán, obra de su marido.

Acabó de bajar la escalera y cruzando sus gruesas manos sobre el vientre miró al señor Martin y le preguntó:

—Vamos, qué quieres?

—Oye, Antonia, contestó el zapatero; súbete á Malvina y pónle en su cestita alguna cosa de lo que tengas para que lo aumente á la cena de las señoritas: á ella se le ha ocurrido decir que lo ha comprado y....

—¡Calla! pues es verdad! exclamó la señora Antonia interrumpiendo á su marido. Vamos, si esta chica sabe mas que un *dotor*! Y yo que no discurría como hacer para ayudar á esas pobrecitas!... porque, en fin, cómo son así, tan calladas, tan tristes y con ese aire!...

—Señora Antonia, tengo mucha prisa; observó tímidamente la jorobada: si quereis subiremos al instante porque las señoritas no tienen aceite para la luz hasta que yo vaya.

—Le llevas ahí, hija?

—Sí, señora.

—Pues abulta muy poco.

—No llevo mas que una panilla (1): me quedaron solo seis cuartos y las señoritas se van á entristecer mucho, porque despues de hacer el arroz para cenar, ya veis cuan poco queda para el velon.

—Mejor; así coserán menos.

—Pero si no acaban lo que están haciendo no tendremos dinero para mañana.

—Antonia, ponle aceite en la cesta; dijo magistralmente el señor Martin á su esposa.

—Aceite no puede ser porque se acabó; pero tengo dos velas, y se las daré aunque son de sebo para que se remedien, que mas vale algo que nada; vaya, sube, hija, sube.

La señora Antonia empezó á subir lentamente la escalera seguida de Malvina.

El señor Martin cerró la puerta de la calle y siguió tambien á su esposa, llevando á la espalda el cesto que contenia las herramientas de su oficio y la obra empezada.

(Se continuará.)

PREFACIO

DE UNA NOVELA INÉDITA,

TITULADA:

LA SENDA DE FLORES.

ORIGINAL

DE D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Lector, si no eres tan benévolo como de mí respetado y querido, hazte cuenta cabal de que yo soy hombre muerto por los dardos de tu crítica. Figúrate que nada he de escribir de tremebundo y maravilloso y que por ende puede parecerte mas descolorida que niña opilada y con pujos de romántica, la historia que voy á contarte de un mancebo

(1) Medida que equivale á la cuarta parte de una libra.

alegre, de estos que marchan por las sendas floridas del mundo, sin dársele un ardite por nada. Este mancebo no es de los tiempos medios, ni aun siquiera de los medianos; sino de la época que atravesamos, que es como si dijéramos del gas y de los fósforos, de la electricidad, el vapor y el daguerreotipo. Puedes ya presumir, por lo que llevo dicho, que mi trabajo es modesto y no pretensioso, ajustado, como era preciso, á las pocas excelencias de mi caletre, que yo quisiera tener mas listo y avisado que el de los siete sabios de Grecia, reunidos en uno, lo cual no he podido conseguir hasta el presente, ni lo conseguiré en lo sucesivo, por mas que con el amor y el orgullo de todas las madres, aquella de mis entrañas que me concibió en las suyas y me trajo á este mundo, pensase que en él iba yo á ser un hombre de provecho. De todas maneras, lector carísimo, cada cual debe contentarse con lo que Dios le dió, y ser aceptado por lo que es y por lo que vale; y puesto que yo soy olmo no hay que pedirme peras; que eso no seria otra cosa que exigir gollerías y los tiempos no están para tantos regodeos. Al trasladar á estas páginas lo que la crónica flamante consignó en las suyas (pues segun me han dicho no es cosa que la fábula inventó), puedo asegurarte como hombre formalote que soy, que mi mayor deseo seria ofrecer pasto sabroso á tu entendimiento y regalado deleite á tus ocios. Atiende, pues, á lo grande de mi voluntad y no á lo pigmeo de mis merecimientos, con lo cual hallaré yo estímulo y fuerzas para acometer empresas mas valiosas y tú la satisfaccion de haber contribuido á ello siendo bueno y generoso. Yo sé muy bien que acaso hubiera acertado con tu gusto y con el de otros muchos si en vez de atenerme á las cosas de ogaño (que buen ogaño está) hubiera levantado la losa que cubre las ya frias cenizas de alguno de tantos españoles ilustres como han dado vida y esplendor á esta mi querida patria. Si no lo hice, ten por seguro que fué porque me arredró lo arriesgado del paso. Para remontarse á las épocas pasadas es preciso reunir muchos conocimientos y mucha diligencia, y yo no tengo tiempo ni gusto (traduce dineros si quieres) para visitar bibliotecas, buscar crónicas, desentrañar códices y no dejar á sol ni á sombra los mas antiguos impresos y los mas raros manuscritos. Ciertó es que ya se ha hecho de *rigor* escribir luengas leyendas y relaciones históricas; mas yo entiendo que son en muy escaso número las que salen á luz con las condiciones y requisitos indispensables para que puedan considerarse completas y concienzudas. Mira tú si podía yo pretender en mi suma poquedad salir airoso de tamañas apreturas.

Decidido á seguir un derrotero mas pacífico llegué á formarme la idea de pergeñar para darla á la estampa una novela de costumbres. Parecíame que no habia de topar con tantos escollos y sin embargo me hallé en medio de un archipiélago temible, sembrado de dificultades y peligros entre los cuales podia zozobrar de un momento á otro el bajel de mis esperanzas, que por desgracia no suele ser muy velero. Pintar la so-

ciudad, en la forma á que la han conducido sus pecados, seria como trasladar al lienzo, sin hacerle favor alguno, el retrato de una dama muy fea; pero muy vana, presuntuosa y soberbia. ¡Cuántos ascos no haria de mi pincel y cuánto no afearia mis colores! Ello es que el tal retrato causaria tedio á la interesada y no seria gustoso para nadie. No quiero decir que esa sociedad, tal y conforme se halla constituida, sea deforme en su totalidad absoluta; lo que quiero significarte es que existen muchas cosas que no deben ser pintadas por nadie, así como tambien hay sendas verdades que tampoco son para dichas.

Por estas razones, y por otras que me reservo, no he querido dar pábulo con preguntas insidiosas á las lenguas demasiado movibles y maldicientes, ni andar á vueltas con los archivos chismográficos de la corte, donde pasa mucha parte de los sucesos que voy á narrarte, y donde hubiera encontrado abundante cosecha de miserias en general, y no poca tela en la conducta particular de muchos para cortar capas y capirotos á mi antojo. Dando un poco de asueto á la malicia tampoco me hubiera sido difícil explicarte el raro mecanismo de muchas farsas, entremeses y sainetes sociales, que ataviados con sendos trages de relumbron y mucho juego de telones y bambalinas, suelen aparecer á la vista—especialmente de aquellos que miran las cosas por la superficie—con todo el ostentoso aparato de una excelente representacion y hasta con los caracteres y atractivos de la mas pura y santa verdad. Vieras entonces muy de cerca, y aun si me apuras en paños menores, esta impúdica metretiz llena de afeites y postizos que todo el mundo anhela conocer y tratar una vez cuando menos en la vida. Te hablo de la corte de las Españas, de esta villa muy villana y muy orgullosa, cebo de los incautos y trampa de los inocentes, donde todo es ambicion y tráfago de intrigas; donde se elabora la mentira con mezcla de acibar de desengaños y azúcar de esperanzas, y donde al cabo se hace preciso muchas veces trocar un quintal de vergüenza por un solo adarme de medro y prosperidad.

Ya me parece estar viendo la densa polvareda que se levanta con el aliento de las palabras que acabo de pronunciar, y casi me siento aturdido escuchando los dictérios que se me aplican en medio del mas desencadenado tumulto y agitada vocería. Dirán que soy osado y descomedido, toda vez que me atrevo á motejar á la mas culta y gentil de las poblaciones, con lo cual doy pruebas de ser un provinciano calumniador, un advenedizo descortés, un troglodita, un malandrin, etc., etc. Pero alto ahí, señores míos, que yo no he querido ofender á nadie particular ni colectivamente. Yo no niego á los madrileños las excelencias de su pueblo, ni á este las buenas cualidades de sus hijos. Mas no por esto se me podrá negar que la mayoría es exótica, que la peor casa del peor lugar de la peor provincia suele allegar á la corte al peor de sus hijos con ánimos y voluntad decidida de acaparar favores de la fortuna cogiéndola por el pelo, que diz tiene muy escaso. No hay zascandil (fruta

muy abundante por desgracia en nuestros tiempos), que no quiera dar un vistazo al centro y flor de la monarquía, ni caballero de industria, que, al revés de los andantes de antaño, deje de venir á formar entuertos, hacer desaguisados, fastidiar menesterosos y engañar doncellas inespertas. Todo esto, por supuesto, con mucho arte de farándula y mucho tocar las trompas de la fama, como aquellos titiriteros de aldea que hacen pregonar sus habilidades y luego, al son de un timbal ó de una chirimia, forman corro, dan grandes voces, hacen conjuros, engañan á los simples, sacan los cuartos, y se marchan con la música á otra parte.

De tales caballeros de industria y saltimbanquis aventureros está plagado Madrid, y este es el Madrid de que antes te hablé. Viva encarnacion de una sociedad bastardeada viene á ser un hormiguero de intrigas y miserias donde se acopian en granel los vicios, y la doblez y la malicia van elevándose orgullosas, ora cubriéndose hipócritas el rostro feo y espantable, ora enmascarándose disolutas con los disfraces de Momo y convirtiéndolo todo en un carnaval perpétuo. ¿Seria difícil entre esta barahunda y torbellino viviente, poner en relieve todo el inmenso ridículo que pesa sobre ciertos hechos y sobre ciertas personas? Si yo poseyese aquella punzante y regocijada péñola del príncipe de los ingenios españoles, el gran Cervantes; si á su profunda intencion, y á la viveza de sus imágenes y á lo florido de su estilo pudiese aunar su riquísima vena é inagotable inspiracion, tal vez osaria ensayar un pequeño boceto de este gran cuadro de miserias humanas; pero esto es superior á mis fuerzas, y además me importa conocer los peligros que pudiera ocasionarme aquello de poner en berlina á los que nunca tendrian suficiente generosidad para perdonarme que hubiese sacado sus trapos á la colada. Siga el mundo en buen hora su camino. ¿Qué me importa que dentro de poco, á seguir las cosas como van, sea todo una merienda de negros, si para entonces mi cuerpo lo será de los gusanos? Pululen en buen hora por todas partes esos quisques cuya insolente fortuna corre parejas con su inutilidad ó su descaro; consulten el tiempo esos hombre-termómetros que suben ó bajan la medida de su entusiasmo segun el estado atmosférico de la política; vivan en paz, si pueden, esas conciencias mas ó menos adormecidas, esas reputaciones usurpadas, esas virtudes artificiales, y esos farantes charlatanes sempiternos. Si hay fatuos que pasan por sabios, grandes que parecen enanos, damas de estofa que se dedican á la estafa, judíos usureros, torpes concusionarios, viejos licenciosos que forman cruzadas contra el matrimonio y los santos lazos de la familia; si hay, repito, casadas sin recato, niñas de grande escote en el trage y en el alma, madres emperregiladas que ni ven, ni oyen, ni adivinan; si hay, en fin, ansia de medrar á toda costa, loca y arrogante petulancia, lujo desordenado que irrita, mozos imberbes que disputan sus timbres á la ancianidad y á los merecimientos, ¿qué me importa á mí todo eso? ¿Voy á redimir el mundo por ventura?

Por fortuna el hidalgo carácter español (que rechaza mucho de eso) no se ha maleado enteramente; y el tufo que arrojan las antorchas y luminarias del siglo, no ha desvanecido aun todas las cabezas. Todavía tenemos en este clásico país de la honradez y lealtad castellanas, hombres de probidad y respeto, jóvenes de corazón esforzado y entendimiento sereno; virtudes, en fin, dignas de admiración y talentos que aplaudir. Esas naciones turbulentas que se dicen adelantadas particularmente desde que han hecho girar muy de prisa los resortes de la guillotina ó de una astuta diplomacia, no han logrado todavía malear del todo aquellas sanas costumbres de nuestros mayores, ni introducir con sus ideas disolventes é irreligiosas esa decidida afición al crimen que se desarrolla en ellas y que dan á sus novelas de costumbres un tinte patibulario que puede comunicar interés al lector, pero que inculca sin sentir el virus ponzoñoso hasta la médula de los huesos. Acostumbrado el gusto á esas peripicias horribles, solo se admite ya la novela de costumbres francesas ó la histórica española que algunas veces se le asimila. ¿Por qué quieren proscribirse las que tratan de nuestras cosas de actualidad? Si es porque se teme criticarlas y atacar de frente los vicios de que adolece la sociedad, dígame en buena hora con franqueza; y si es que esta no existe, para demostrar que esos vicios aumentan con la decantada ilustración del siglo, callen de una vez los que tanto la vienen preconizando.

Yo entiendo que se debe cultivar la novela de costumbres españolas, que plumas mejores que la mía pueden y deben consagrarse á ridiculizar y combatir muchas cosas que merecen ser combatidas y ridiculizadas, encareciendo al propio tiempo las que sean dignas de ser encarecidas. Lejos de todo escritor el ansia de reprobalo todo; lejos de los que se estimen en algo el deseo de incurrir en viciosos extremos, ora renieguen sin fundamento de las costumbres de sus contemporáneos, ora se consagren á proclamar sistemáticamente las excelencias de cuanto les rodea con falta de veracidad y sobra de mezquino egoísmo. Hay mas de malo que de bueno en la sociedad (tal vez sucedió siempre lo mismo), y sin embargo hay mas de bueno que de malo en la innata condición del hombre. Entiéndase bien lo que quiero decir y sáquese la consecuencia. ¿Cuál es esta y dónde tiene su origen? Si los espíritus pusilánimes no transigiesen en mal hora con lo que merece reprobación y anatema, tal vez el hombre seguiría un rumbo mejor dejándose guiar por sus buenos instintos. Mas ¿qué es lo que sucede? Sucede que en muchas ocasiones se adula, se distingue, se respeta al malo; que es objeto de contemplación el que falta de probidad y de delicadeza sabe adquirir por medios mas ó menos ilegítimos una fortuna, mientras al bueno, al honrado, al noble de corazón se le menosprecia ó se le insulta. ¿Dónde están, fuera de las promesas eternas, el premio y el estímulo que merecen en eso que se llama buena sociedad, los que marchando por la senda del bien solo encuentran abrojos en su camino? ¿Están en los títulos con que se condecora bien

á él ó bien á sus hijos? Por desgracia hay muy pocas condecoraciones para la virtud. Gracias que no se ceban en ella y la crucifiquen, repitiendo con menosprecio y señalando con el dedo á todo el que la practique: *Ecce homo!... Ecce homo!...*

No se crea que habiendo empezado en un tono humilde, ramplon en concepto de algunos, voy á escalar con soberbia las regiones del socialismo y á proclamar las *utopías* forjadas por algunos cerebros calenturientos. Lejos de mí la idea de querer remover un instante los cimientos en que descansa la sociedad, con la cual no estoy reñido tampoco. Es verdad que ese espectáculo siempre alegre y bullicioso que contempla en medio de su aislamiento el hombre honrado sin fortuna, debe ser poco grato á sus ojos; es cierto que mientras gozan los unos, avanzando por los senderos de una vida criminal ó licenciosa, los otros devoran muchas veces su humillación y sus lágrimas; es cierto, en fin, que el lujo mal adquirido, la satisfacción de los apetitos desordenados, la crápula y la desvergüenza miran con faz altiva y con sonrisa desdeñosa la pobreza del hombre virtuoso. Todo eso es verdad; pero ¿son los de los primeros los mas envidiables goces? Es la senda del libertinaje, de la holganza, de la inmoralidad, de la irreligión, la que produce flores de atractivos aromas? ¿No hay en medio de los abrojos con que tropieza un ser modesto y honrado, por sin ventura que haya nacido, alguna flor sencilla llena de ricos y deliciosos perfumes? Semejante filosofía, á mas de absurda seria insensata; seria la negación de todo principio religioso, la carencia absoluta de toda idea de justicia inmutable y eterna. En el orden moral está la paz del espíritu, la satisfacción de lo que suele llamarse una conciencia tranquila; en el orden físico están el encadenamiento y las consecuencias fortuitas de los hechos. Se suele decir que en el pecado va envuelta la penitencia. ¿Y cómo nó? El malvado que odia la luz del día tiene que tropezar al cabo en las tinieblas de la noche; el que se burla de la virtud se vé burlado por los vicios en cuyo lodazal perece; el que no hace aprecio de los avisos de la prudencia mas tarde ó mas pronto se vé arrastrado por el torbellino de sus pasiones.

Al triunfo práctico de esta verdad inconcusa debe contribuir el escritor; y por cierto que nada se presta tanto á ello como la novela llamada de costumbres. Con el ejemplo y la persuasión se puede demostrar de un modo cumplido que no todo lo que mira la sociedad con ojos indiferentes, y aun con muestras de simpatía, puede pasar sin su justo correctivo; y que por mas que el malo quiera sustraerse á los efectos de sus propias acciones, éstas serán siempre la causa principal de todas sus penalidades y desgracias.

Este es el objeto principal que me he propuesto al escribir *La senda de flores*.

Por lo demás yo creo que el pretender luchar á brazo partido con las debilidades de los hombres sería una empresa mas árdua y temeraria que aquella descomunal aventura de D. Quijote, cuando quiso entrar en lid con los molinos de viento. No

tengo fuerzas para tanto ni quiero meterme á renditor. Si cada cual procura poner en relieve algunos de los lunares que afean nuestras costumbres, malo será que estas no se vayan corrigiendo poco á poco. Sin nombrar al vicioso puede atacarse al vicio. España—y vuelvo en serio á lo que antes queria decir en broma—va teniendo un gran centro de poblacion que pronto impondrá leyes absolutas y será el regulador único de nuestras costumbres. Medrado estará Madrid si sigue con las suyas y medrada España si todo el mundo da en venir á Madrid en busca de una posicion social!...

¡Dichosa mil y mil veces esa juventud sencilla que vive "ni envidiosa ni envidiada" en el fondo de los valles, en la oscuridad de la aldea, sin haber pensado en venir á disputar un puesto que acaso no alcanzaria, una gloria dudosa que agostaria en flor su vida y sus ilusiones. En cambio de semejante ambicion, ya sea de gloria, de honores ó de riquezas, esa juventud tiene que renunciar á la paz de su espíritu, se vé alejada de la casa paterna, privado su corazon de las santas afecciones que adquirió en los primeros años. ¿Y para qué todo esto? Al llegar á la villa coronada, en el mismo momento que penetramos en ella, principiamos á conocer que hemos divinizado un fantasma; que la senda que nos pareció fácil y frondosa, la senda que juzgamos *senda de flores*, se ha convertido en una fragosísima pendiente. Y cuando esta luz que nos ciega, esta civilizacion que nos mata, este descarnado esqueleto que se cubre con un manto de púrpura y armiño, llegan á verse tales como son, entonces es (demasiado tarde por desgracia) cuando se tornan los ojos á lo pasado y se echan de menos con profunda melancolía la paz del hogar bendito y los santos vínculos de la familia.

Algo, y nada mas que algo de cuanto llevo dicho he querido demostrarte ¡oh lector! al escribir el libro que humildemente te presento. No creas que estoy reñido con el mundo por estos pequeños desahogos del corazon que han dado impulso á mi pluma al escribir el presente desaliñado proemio. Entre mucho malo encuentro tambien mucho de bueno en la sociedad, y por lo mismo quiero hacerte mencion mas adelante de esas virtudes que me admiran y que yo quisiera ver recompensadas como es debido. Perdona si por largo te he parecido molesto. Hoy está en boga hacer protestas, presentar salvedades y discurrir programas. Si el mio se ha ido por esos trigos de Dios hasta encamarse por los cerros de Ubeda, hazte cuenta de que hoy todo quiere marchar por lo alto y que yo soy liviano y frágil como hombre y pecador. Escribo por pasatiempo y aficion, y las pocas esperanzas de medro, uniéndose á mi poquedad y al escaso tiempo que me dejan libre otras ocupaciones, hace que todo vaya como Dios quiera. Lo único que pretendo decirte (y acabo porque ya es hora), es que no me gusta plagiar á nadie, y que solo al presente quiero valerme de la consabida fabulilla para decir con ella si alguien se muestra amostazado:

"A todos y á ninguno

mis advertencias tocan:
quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma."

Cierro el prefacio y voy á dirigirte la palabra en tono menos familiar que hasta aquí, porque así debe ser. Entre tanto pásalo bien y Dios te dé lo que mas te convenga, inclusa la paciencia de leerme.

VALE.

LITERATURA DE LA ISLA DE CUBA.

SONETO.

Cuando miro el espacio que he corrido
Desde la cuna hasta el presente dia,
Tiemblo y saludo á la fortuna mia
Mas de terror que de atencion movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
Sostener contra suerte tan impía,
Si tal llamarse puede la porfía,
De mi infelice ser, al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra;
Treinta años ha que en gemidor estado
Triste infortunio por do quier me asalta.

Mas nada es para mí la cruda guerra
Que en vano suspirar he soportado,
Si la calculo, oh Dios! con la que falta.

JUAN FRANCISCO MANZANO.

(Este poeta de raza etiópica, esclavo, nació en la Habana por 1806. Varios jóvenes lo libertaron en 1837. Hace poco que murió.)

SONETOS.

Perdí el sueño á las tres de la mañana,
De mi cama salté despavorido,
Y no sé si despierto, ó bien dormido,
Arrojarme intenté por la ventana.

Con un frio me siento de terciana,
Gritos doy sofocado y oprimido,
Levántase mi hermana y aburrido
Le digo mil insultos á mi hermana.

De mi cuarto salí ciego y sin tino,
Le rompí la cabeza á mi criado,
Mandé mudar de casa á mi vecino:

Pero tanta locura y atentado
¿Quiere saber, señores, de qué vino?
—Solo de que soñé que era casado.

¿Qué importa, amigo, que el natal y oriente
La luz primera y la primera aurora
Tuvieses en la reina y la señora
Emperatriz augusta de la gente?

¿Qué importa que la patria reverente
Que Rómulo engrandece, Curcio honora,
Caton ilustra y Ciceron decora
Fuese tu cuna y tu primer ambiente?

Nada influye la patria en los varones
Que es error vanamente encarecido:
Romanos fueron Silas y Escipiones,

Quinto glorioso y Apio fementido:
Al hombre le hacen grande sus acciones,
No la patria ni el tiempo en que ha nacido.

MANUEL JUSTO RUVALCABA.

(Uno de los mas antiguos poetas de la isla. Nació en Santiago de Cuba en 1763 y murió en 1805.)

LA ILUSION.

Sic transit gloria hujus mundi.

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del mas brillante trono, me ofrecia
El imperio del Orbe y que ceñia
Con diadema inmortal mi augusta frente:

Soñé que hasta el ocaso desde Oriente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del Septentrion al Medio-dia
Mi poder se adoraba humildemente.

De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carró rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido;

Despertóme el estruendo furibundo,
Solté la risa y dije en mi sentido:
Así pasan las glorias de este mundo.

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO.

(Nació Zequeira en la Habana en 28 de Agosto de 1774. Era militar y de noble descendencia. Murió en la misma ciudad en 1846. Es autor de un buen poema titulado: *Córtés en la Laguna.*)

A MI ESPOSA.

Cuando en mis venas férvidas ardía
La fiera juventud, en mis canciones
El tormentoso afán de mis pasiones
Con dolorosas lágrimas vertía.

Hoy á tí las dedico, esposa mia,
Cuándo el amor mas libre de ilusiones
Inflama nuestros puros corazones
Y sereno y de paz me luce el dia.

Así perdido en turbulentos mares
Miseró navegante al cielo implora
Cuando le aqueja la tormenta grave;

Y del naufragio libre, en los altares
Consagra fiel á la deidad que adora
Las húmedas reliquias de su nave.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

(Este célebre poeta nació en Santiago de Cuba en 1803. Murió en Toluca en Méjico en 1839. Es autor de muchas composiciones que se han traducido á muchas lenguas.)

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve trasparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de nieve coronada
Muestra Guillermo Tell la heroica frente.

Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al océano:
Tórnanle á echar las ondas y los vientos;

No encuentra humanidad el inhumano,
Que hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos de un tirano.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES.
Plácido.

(Este famoso poeta nació en la Habana en 18 de Marzo de 1809. Murió fusilado en Matanzas el 27 de Junio de 1844. Era mulato libre y es el mas popular de los poetas cubanos.)

EL BESO.

De noche en fresco jardín
Sentado estaba á par de ella:
Yo jóven: jóven y bella
Mi serafín.

Hablábamos del negror
Del cielo, agosto y sin brillo
Del regalado airecillo
Y del amor.

Hablábamos del lugar
En que primero nos vimos;
Y sin querer nos pusimos
A suspirar.

A suspirar y á sentir
Gozo en volver á juntarnos:
A suspirar y á mirarnos
Y á sonreír.

Porque amar casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios.

Una mano le pedí,
Porque en sus lánguidos ojos
Y en medio á sus labios rojos
Brillaba el sí.

Ella al oírme tembló
Y en mí largo tiempo fijo
Su dulce mirar, me dijo
Tímida: *nó.*

Pero era un *nó* cuyo son
Pone el corazón risueño,
Un *nó* celeste, halagüeño,
Sin negacion.

Por eso yo la cojí
La mano, y con loco exceso
A imprimir sobre ella un beso
Me resolví.

Beso que en mi alma crió
En sueños de gloria y calma,

Y que por joya del alma
Siempre guardé.
Puro como el arrebol
Que orna una tarde de mayo,
Y ardiente como es el rayo
Del mismo sol.
Pero al besarla sentí
Mi labio sin movimiento,
Porque un negro pensamiento
Me asaltó allí.
¿Quién sabe si el vivo ardor
De mi boca osada, ansiosa,
No iba á secar ya la rosa
De su pudor?
¿Quién sabe si tras mi fiel
Beso, otro labio vendría
Que ambicioso borraría
Las huellas de él?
¿Quién sabe si iba el desliz
De mi labio torpe, insano,
A volver su mano, mano
De meretriz?
Mano asquerosa, infernal,
Para el alma del poeta:
Que sufre el beso y aprieta
El vil metal.
Así pensé... y fuíme en paz,
Dejándola intacta y pura;
Y lágrima de dulzura
Bañó mi faz.

JOSÉ JACINTO MILANES.

(Este distinguido poeta nació en Matanzas en 1814. Es el Beranger cubano. Hace tiempo que está loco.)

A MI HERMANA TERESA.

I.

Seis veces ya las ráfagas de Otoño
Arrastraron en valle y en colina
Las mustias hojas y las flores muertas
Del olmo altivo y la soberbia encina.

Seis veces la alba veste del invierno
Vistió, la creación aletargada,
Mientras al triste gemir del Bóreas frío
Doblábase mi frente atormentada:

Seis veces la emigrante golondrina
Alegre al Norte retornó en verano,
Con nuevas galas de gallardas plumas
Tal vez doradas por el sol cubano:

Seis años ¡ay! en estrangera playa
Y en triste lagrimar son ya pasados;
Seis años de dolor, de luto y duelo,
Hora tras hora, por mi mal contados!

II.

Mas ni la ráfaga helada
Que al *Hudson* levanta espuma,
Ni el pardo manto de bruma
Con que se amortaja el sol,
Jamás calmar han podido
De mi alma la fiebre ardiente
Ni calmar aquí en mi frente
El recuerdo de tu amor.

¡Cuántas veces apoyado
Por la tarde en mi ventana,
He visto un giron de grana
Que deja el sol al morir;
Y aunque pálidos y tibios
Son aquí sus resplandores,
Mi mente les dá colores
Del cielo de *Yumurí*!

Y con este amable engaño
Hago que el alma recuerde
Mi valle de gualda y verde
Mis glorieta de bambú.
Y que piense al ver cual brilla
La dulce luz de una estrella
Que es porque tienes en ella
Fija la mirada tú.

Que al sentir al blando soplo
De la susurrante brisa,
Oiga tu armónica risa
O tu dulce suspirar;
Y crea que el suave aroma
Que envuelto llega en el viento
Es el ámbar de tu aliento
Que me viene á embalsamar.

Y al ver de *Jersey* en las torres,
Tras el rio y á lo lejos
Temblar los áureos reflejos
Del ya moribundo sol,
Sienta y goce, como cuando
En una tarde celeste
Sentado en el *Abra* agreste
Veía á *Matanzas* yo.

Mas ¡ay! ¡qué triste me es luego
No ver aquel techo mío
En medio este caserío
que es todo estrangero hogar;
Ni aquella modesta torre,
Ni aquel manso mar de plata
En que gentil se retrata
Mi pintoresca ciudad!

No ver allá en lontananza,
Cual velo de gasa leve,
Flotante bruma que mueve
El aliento del terral;
Y tras ella un horizonte
Donde la vista se pierde
En el suavísimo verde
De inmenso cañaveral.

No embriagarme con perfumes
De cándidos azahares,
Ni divisar cien palmares
De la sábana al confin;
No ver sobre mi cabeza
Nubes de nácar y plata,
Ni que á mis pies se desata
Mi límpido *Yumurí*.

III.

Y mi pena mas aguda
Cuando estoy pensando así,
Es que me asalta la duda
De si te acuerdas de mí.

Vuelvo las miradas mías
Hacia el Sud, donde está *Cuba*,
Como queriendo que suba
Sobre las olas sombrías;

Pienso verla, pienso verte....
Y es ilusion cuanto miro....
Doblo la frente y suspiro,—
¿Será ausencia hasta la muerte?

MIGUEL TEURBE TALON.

(Este poeta nació en Matanzas el 29 de Setiembre de 1820, murió en la misma ciudad en 1852. Su vida fué agitada: tenía gran instruccion y era mejor prosista que poeta.)

REFLEXIONES.

Yo siempre al triste consolé afectuosa,
Y á la amarga indigencia socorrí,
Que así tal vez en la desgracia un dia
Me socorran á mí.

Yo siempre á la vejez tendí mi mano
Y con respeto y humildad besé
La suya trémula, que yo mas tarde
Lo mismo me veré.

Y siempre el huérfano humillado y triste
En mí una amiga y una hermana halló;
Que sollozando en la orfandad, Dios mio,
Puedo encontrarme yo.

Y yo lloré con el esclavo siempre,
Si no pude aliviar su padecer;
Que en el injusto y azaroso mundo
Esclava puedo ser.

Y yo al enfermo cariñosa he dicho
Palabras de consuelo y de amistad;
¡Porque es tan fácil que á su igual me ponga
Cualquiera enfermedad!

A todas horas consolé al mendigo;
Que tal vez otro tiempo me verán
A mí de puerta en puerta, entre sollozos,
Ay! mendigando el pan.

Y yo jamás de los defectos de otro
Aturdida reí ni critiqué,
Porque tal vez á mí pesar un dia
Yo como aquel seré.

El crimen aborrezco; pero nunca
Al pobre criminal aborrecí,
Porque yo en su lugar ¡ay! no quisiera
Que me odiaran á mí.

Yo seré consolada en la desgracia,
Que Dios no puede abandonarme, no,
Porque ante el infeliz me dije siempre:
¡Si así me viera yo!

Y todos ¡ay! reflexionar debieran
Que tal vez como aquellos se verán,
Porque Dios dice que segun medimos
Así nos medirán.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

A F...

Yo pensé no amar de nuevo
Porque léjos de la patria
Meditando en mis recuerdos,
Olvido mis esperanzas.
Y juzgué dificultoso,
En esta region helada,

Bajo un manzano sin hojas
Sentir conmovida el alma.

En mis delirios creia
Que al amor le hicieran falta,
Los trópicos con su fuego
Y con su sombra la palma.

Mas siendo tú tan hermosa,
Bien comprendo que tus gracias
Hasta en las nieves polares
El corazon me abrasaran.

Examinando á mis solas
De mi cariño la causa,
No sé en que tuvo principio,
Ni el fin que tendrá mañana.

Solo sé que te idolatro,
Solo sé, mi dulce amada,
Que soy satélite humilde
Que al redor de un astro vaga.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

¡AY DE MÍ!

Oh! si tú hubieras nacido
En una tierra que existe,
Léjos, léjos de aquí;
Entónce hubieras sabido
Por qué estoy siempre tan triste:

Ay de mí! ay de mí!
En vano busco consuelo
Y bálsamo á mis enojos
Cerca, cerca de tí;
Porque me hace falta un cielo

Aun mas azul que tus ojos:
Ay de mí! ay de mí!
En mis continuas congojas
No adivinas, dueño mio,
Cuánto, cuánto sufrí!

Viendo esas plantas sin hojas
Y ese sol pálido y frio,
Ay de mí! ay de mí!
De tu corazon llagado
Haz que un canto al éter suba

Y espire, espire allí,
Y en tu seno reclinado
Déjame llorar por Cuba:
Ay de mí! ay de mí!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

EN UN ALBUM.

Viageros que navegamos
Al brillo de un sol fecundo,
Sobre el Océano del mundo
Somos los dos.

Junto á la vuestra mi barca
Detuve yo por capricho,
Y al pasar nos hemos dicho:
Adios!—Adios!

Izo las velas al punto,
Doy al aire mi bandera,
Y me lanzo mar afuera
Y os dejo á vos....
Pueda ser que no retorne:
Si enfurece el Océano,

Moved al lejos la mano,
Decíme:—Adios!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

ELEGIA.

EL SEPULCRO.

He descubierto un camino
Tan tortuoso como estrecho,
Que obstruyen yerbas en mayo
Y hojas secas en invierno.
Conduce al lugar querido
Do está un sepulcro modesto,
Y así lo anuncian dos sauces
Que á su entrada mece el viento.

A través de un bosquecillo
Suelen mirarse de lejos,
La losa de marmol blanco
La cruz de toco madero.

¡Cuántos al pasar se paran
En estos tristes senderos,
Y acongojados suspiran
El epitafio leyendo!

Y eso que ya con las lluvias
Vá borrándose el letrero,
Y es preciso ser curioso
Para poder comprenderlo.

Muchas veces se conoce
Que algunos aquí estuvieron,
Por las huellas que se advierten
Sobre el húmedo terreno.

Y también así lo indican
Las que por la tarde encuentro
Margaritas inodoras,
Pálidas flores de muerto.

Visitantes de estos sitios
Meditando á solas vengo,
Y evoco la santa sombra
De mi amada de otros tiempos.

Me parece contemplarla,
Y agradecido recuerdo
Que fué mi primera amiga
Cuando ví sol estrangero!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

ELEGIA.

Un souvenir est encore un rival!

MILLEVOYE.

Grande injusticia demuestras
Con tus quejas y tus celos,
Pues estimas por rivales
Las sombras de mis recuerdos.

La suerte de otra hermosura
Envidias sin fundamento,
Porque obtuvo los suspiros
De mis amores primeros.

¡Y no basta que te diga
Que en el polvo confundieron
Su imagen y sus memorias
Las nidas ruedas del tiempo!

Es verdad que he sido amado,
Yo he amado también, es cierto;

Pero aún quedan en mi alma
Chispas del sagrado fuego.

Mueren las hojas, y el árbol
Promete retoños nuevos,
Así parte y así vuelve
Detrás de un sueño, otro sueño.
¡Por qué te ofenden, hermosa,
Los misteriosos lamentos,
Que en la alta noche me envía
El sauce de un cementerio?

Habitando en una adelfa
Yace el espíritu tierno
De un ser que adoré y á veces
Me manda un adios y un beso.

Ensoberdecir anhelara
Para no escuchar su acento;
Pero el corazón lo acoge
Por mas que esquivarlo quiero.

Con tus celos, pues, no turbes
El alcázar del silencio;
Olvida el dolor pasado
Por el placer venidero:

Que si tú fueras el ángel
Que está en la tumba durmiendo,
En lugar de amargas quejas
Pidieras algún recuerdo!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

EN UN ALBUM.

Desque yo salí de Cuba
Dejé de ser trovador,
Cerré mis libros de estudio,
Sentí enmudecer mi voz,
Y reventarse las cuerdas
Del arpa y del corazón.
Pero el hallarme contigo
En mi senda de dolor,
Vienen al labio los versos
En suave improvisación,
Porque causa tal prodigio

La cubana en Nueva-York.

¡Ay! llegaron una á una
Las penas de la pasión,
Los desengaños acerbos
De la amistad y el amor:
Aparecieron mas tarde
La calumnia y la traición,
Y envenenaron mis días
El uno del otro en pos;
Pero entre tantos afanes
Mi alma triste suspiró,
Y este suspiro lo obtuvo

La cubana en Nueva-York.

¿Qué viniste á hacer, hermosa,
Bajo este pálido sol?
¿Podrás, exótica planta,
Vivir en el septentrion,
Así el beso de las brisas
Del trópico abrasador?

Oh! vuelve, vuelve á tus playas,
Torna á tu bella region,
Aquí á nosotros nos falta
Claridad, vida y calor,
Y perece entre las nieves

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

La cubana en Nueva-York.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

LAS TRES NOVIAS DEL POETA.

TRADUCCION DEL ALEMAN.

(INEDITA.)

Tres novias tiene el poeta:
La primera es la mañana,
Rubia virgen que se envuelve
En un manto de oro y grana.

Y la segunda es la tarde,
La beldad morena y lánguida,
Que con gasas de luz fúlgida
Adorna su frente pálida.

¿Cuál es la tercera entonces?
La noche, la mas amada,
La que entre blondas de luna
Soñolienta y triste pasa.

Cuando llega la primera
Con la punta de sus alas
Hace vibrar los idilios
Sobre las cuerdas del arpa.

Al beso de la segunda
Salen del fondo del alma,
Con la voz del sentimiento
Los romances y baladas.

Y despues viene la última,
Y al verlo sobre una lápida
Se arrodilla melancólica
Y mira correr sus lágrimas.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

REVISTA DE MADRID.

Invocacion.—Poesía bucólica.—Algo de lo que se vá y un poco de lo que viene.—Filosofía biliosa.—Ay! amor.—Héroes de corazon.—Una historia con puntos suspensivos.—Catálogo de miserias y artículos de desgracias.—Mes de Octubre, mes moruno.—Recepciones en palacio.—Un ángel disfrazado.—Diálogo de portal.—Ceremonia de un bautizo y adquisicion de una reliquia.—Descripcion.—De lo bendito á lo profano.—Teatro Real.—El tenor Mario, el público y la Sra. Grissi.—Madrid por dentro.—Un enamorado en mi habitacion.

Estamos en el otoño.

Es decir, estamos en el crepúsculo de esa vida de que tan portentosas muestras nos ha dado naturaleza; de esa vida de tierno encanto y vaga melancolía, que huye de nosotros como los vapores que la preceden, como las nubes que la acompañan, como los vientos que la estinguen.

¡El otoño!

¡Qué triste es el otoño!

Visto por el prisma de la juventud, ninguno como él para desencantar el alma de sus risueñas ilusiones; ninguno como él para dejar en el corazon las amargas huellas de los desengaños.

Los árboles estaban cubiertos de verdor y lozanía: bajo la proteccion de sus ramas, el peregrino

podía reposar tranquilo el sueño del cansancio; entre sus verdes hojas, la tórtola tenía seguro albergue para llorar la pérdida de sus amores: el viento, recogiendo entre el follage, guardaba sus ecos, mientras enamorada pareja se entregaba al pié de su tronco á los puros deliquios de su amor: la luna tendiendo su lánguida mirada desde el celeste trono, parecia como absorta en la contemplacion de aquel tiernísimo cuadro: todo era vida, embriaguez, encanto: todo reposo, tranquilidad y belleza.

En tanto, los arroyos serpenteaban en la oscuridad como cintos olvidados por las ninfas de los campos: sus murmullos, semejando los ecos de una confesion de amor, se perdian en las tinieblas, ora remedando los suspiros de un placer adivinado; ora las entrecortadas frases de un deseo; ya el vago son de un beso rehusado; ya el juramento de un amor mal comprendido.

Las flores creciendo á la márgen del arroyuelo, parecian esas niñas que adivinando su sin par belleza, se recrean continuamente en contemplarse frente al terso cristal de un espejo, ya ensayando una sonrisa que realce sus gracias, ya borrando una huella que empañe su hermosura, ya adquiriendo un nuevo encanto que duplique su sentimiento.

Todo, pues, todo lo que de bello, de dulce, de melancólico tenía naturaleza en los primeros dias de su lozana vejetacion, empieza á verse estinguido en las postreras horas de su juventud.

Triste es pensarlo; pero ¿qué remedio?

La juventud aun enmedio de su aturdimiento tiene con ello una página mas que estudiar, un recuerdo mas que aprender.

Vedlo.

Esos árboles de que antes os hablé, no tienen ya encanto ni poesía: las hojas han perdido su color como el rostro de una hermosa entregada á la tristeza; sus ramas pendientes en el espacio como brazos de esqueleto, ni dan reposo al peregrino con su sombra, ni albergue á las aves con su encanto; al pié de sus troncos no hay amantes ya que se entreguen á los deliquios de su amor, ni en sus gigantescas copas, brisas que acaricien los ecos de su embriaguez; la luna pendiente en los espacios, pálida y sin reflejos, parece lámpara olvidada en desierto santuario para alumbrar el hueco osario de un sepulcro; la naturaleza toda, sin vida ni colores, apenas osa levantar su frente ante el sol que asiste á su destruccion, ni á gemir ante los vientos que destrozan su mágica galanura.

Tampoco el arroyo serpentea ya por entre el mullido musgo de los campos, ni las flores se miran en sus cristales como niñas caprichosas colmadas con todos los dones de la juventud: la vejez ha caído repentinamente sobre su suelo: la primavera de su vida ha dejado de existir. Ejemplo horrible de lo que son nuestras dichas en este mundo, regado de tan continuo con las lágrimas de la desgracia y el infortunio.

Sin embargo ¿para qué hacer tristes reflexiones antes de tiempo siendo así que hoy por hoy aun nos vemos agraciados con todas las risueñas dichas

de la esperanza, con todos los vagos goces del porvenir?

Enhorabuena que un anciano al contemplar el otoño, recuerde la prontitud con que llegó para él ese que no tiene primavera ya, y sí, solo, un invierno que, empezando por enfriar el alma, acaba por helar la vida y sepultarla en el estrecho hueco de un sepulcro.

Pero ¡un joven! un joven es otra cosa.

La juventud es eterna ¿no es cierto? entonces ¿á qué pensar en cosas que no han de llegar ni en sucesos que no han de ocurrir; teniendo delante el porvenir de una eterna felicidad?

Y la razón es oportuna.

¿Hay corazón?

Sí: porque un grito guerrero le estremece: una desgracia lo agita: un juramento de amor le embriaga: la dulce nota de una armonía le seduce; el viento cuando murmura, las aves cuando gorjean, los campos cuando se tapizan: una estrella, una nube, el eco de una montaña, la calma de los mares, la paz del cielo, el mundo cuando reposa, todo le fascina con su encanto, le anima con sus ilusiones, le enagena con su felicidad.

La vida, pues, le sonríe ¿por qué pensar en el mañana? Sí.

Pues á vivir y gozar.

Si señor, es preciso vivir y vivir rodeado de todos los goces del universo, para llevar por lo menos una jornada adelantada, cuando nos llamen á sufrir y llorar.

Y si nó, díganlo esos héroes de nuestros días que con la fé y el valor de un Encelado, se arrojan en brazos del amor, argolla de flores que al despertar se la encuentran convertida en dogal de hierro, y de los que no pueden fundirse ni quebrarse, como no sea al frío y horrible soplo de la muerte.

Sin embargo, ello es que sucede y sucederá entanto que el mundo sea mundo, que haya en él mujeres, y que los hombres tengan con ella tan poca dignidad y tan nula delicadeza.

Se han casado pues, de familias distinguidas:

D. Fermin de Lassala joven diputado, con la señorita de Bruneté (Cristina) cuya luna de miel han ido á pasar en su palacio de la calle de Fuenarral, que compró al Duque de Vista-hermosa.

La Condesa de Campo-alegre, dama muy simpática y muy apreciada en los altos círculos de la corte, con el Sr. Zamora, rico habanero, que acaba de regresar de su país natal.

El Sr. Modet, ingeniero y diputado, que se ha unido á una rica señorita habanera.

Y por último, un antiguo general, del cual he oído contar un lance: que reservo para la siguiente Revista, porque entonces es fácil sepa ya el resultado, cosa que hoy no es ni fácil de adivinar.

Conque esperanza y resignacion.

En tanto las desgracias están aquí siempre á la orden del día.

Una carretela tirada por dos caballos, avanzaba al galope hácia la plaza de Oriente al oscurecer de uno de estos últimos días, á tiempo que una

pobre mujer con un niño en los brazos atravesaba de cera á cera la calle del Arenal.

Muchas de las personas que á la sazón atravesaban, al ver lo que indudablemente iba á suceder, empezaron á gritar al cochero que se detuviese, pues en otro caso aquella pobre mujer iba á ser aplastada.

Y así sucedió; á los pocos momentos la infeliz caía entre los pies de los caballos con la criatura en brazos, arrancando un grito de espanto á cuantos presenciaban la escena.

El cochero, sin embargo, refrenó los caballos; pero aun no habia concluido la operacion, cuando la voz de "adelante" pronunciada desde el interior del coche hizo arrancar este al galope, pasando las ruedas por el cuerpo de aquella desventurada.

¿En qué país de cafres se hubiese hecho una cosa así?

La indignacion, que como es natural, produjo este inaudito acto de barbarie, no es para descrita; así fué que muchos espectadores, lanzándose tras el coche corrieron largo trecho con ánimo de darle caza ¡pero en valde todo! el coche se perdió entre las sombras de la plaza de Oriente y la víctima tuvo que ser conducida á una casa donde se le suministraron los primeros auxilios, casi exánime y medio machucada.

La criatura felizmente, se salvó por completo de la catástrofe.

Desafío á los negros del Senegal, á que cometan un acto como el del noble señor ó señora dueño del carruaje. ¡Lástima no saber su nombre!

Y por si esto no os parece bastante, al día siguiente una hermana de la Caridad fué alevosamente herida por el portero de la casa donde se hallaba establecida, solo por el horrible crimen, de haberle hecho una piadosa observacion en pro de la paz de su familia.

En cambio, por la noche ocurrió un espantoso incendio en una fábrica de carton y papel de estraza sito en la calle de Segovia, que no hubo mas que pedir.

A las doce de la noche medio Madrid estaba iluminado por las potentes llamas, que alzándose sobre todos los edificios en gigantescas espirales, parecían tener la pretension de abrasar al mismo cielo, ya que en la tierra empezaban á devorar cuanto tenían al lado.

Muchos esfuerzos, grandes sacrificios se necesitaron para dominarlas: sin embargo, todo se consiguió, no sin que el fuego hubiese abrasado hasta los mismos cimientos de la casa.

Y siguiendo la huella á esta deliciosa lista de atentados, que despues de leerla, da ganas de emigrar al mismo país de los hotentotes, mientras que en una casa de la calle del Prado varios amigos de lo ageno, escamoteaban la friolera de diez mil duros en dinero y efectos, y dejaban al general Hoyos limpias sus cocheras de todos los arreos de sus caballos de tiro, unos enemigos del octavo mandamiento acometian navaja en mano á tres infelices aguadores, de los cuales uno quedó muerto y los otros gravemente heridos.

Al pié de lo cual, os podría relatar otra docena de hechos que me callo, porque para miserias creo basta con la muestra.

Así, pasemos á otra cosa.

El mes que ha concluido, amadísimas lectoras, me ha hecho el efecto de una de esas aves marinas, que cruzando raudas á nuestros ojos, se zambullen luego entre las ondas del mar, sin dejar rastro alguno de su aparicion en el mundo.

¡Mes de Octubre!

¡Delicioso mes para hablaros de todo aquello que forma vuestro encanto y atrae vuestras simpatías!

¿Y sabeis por qué?

Porque la cuestion de ir á caza de moros ha producido tal entusiasmo, que es pedir peras al olmo, pensar que ningun hombre se ocupe de otra cosa que la de ver el medio de marcharse cuanto antes.

Lucidas van á quedar las mujeres.

Pero no adelantemos los sucesos.

En los primeros dias de este mes hubo dos besamanos generales en palacio, con motivo de los dias y cumpleaños de los reyes.

Era el primero que se verificaba despues de la estacion de verano, por lo cual creo inútil deciros si estaria concurrido.

Todo lo mas notable que Madrid encierra habia acudido á rendir este pequeño tributo de adhesion á nuestros reyes, así como muchas de las hermosuras que la corte guarda dentro de sus muros.

El besamanos empezó á las cinco.

Tuve el gusto de concurrir; pero no el de poderme hacer cargo de los adornos del traje de la reina y señoras de su servidumbre; porque aun cuando me fijé lo posible en ellos, como ignoro completamente sus nombres técnicos, resultó que á los pocos pasos, ya lo habia olvidado todo por completo.

Solo sí os diré que en el dintel de la puerta de salida habia una dama de la servidumbre vestida de blanco, la duquesa de Fernan-Núñez, que me hizo flaquear las piernas como si me hubiera atacado el baile de S. Vito: era realmente una de las tres hijas de Eurimona, allí disfrazada, para robar el alma á los mortales.

Por mí se decir; que la mia se debió quedar entre los pliegues de su vaporoso traje, porque desde entonces siento un profundo vacío dentro de mi propio ser, que indudablemente es el que dejó mi espíritu al refugiarse en brazos de aquella encantadora criatura.

En cuanto al dia no lo pudo hacer mejor.

Los alrededores de Palacio estaban cuajados de curiosos de ambos sexos, oyendo unos los acordes de las músicas, y viendo otros á los que oían, atendiendo algunos á los que pasaban y ocupados muchos en no hacer nada.

Entanto no pude menos de hacerme cargo y reirme de un corto diálogo que al bajar de la ceremonia oí en los mismos arcos de Palacio, á la sazón inundados de jente.

En un pequeño corro compuesto de dos ó tres personas, hallábase una jóven al parecer como de diez y siete años, tipo moreno, regular estatura,

NOVIEMBRE.

pelo negro y agraciado rostro, la cual por su apostura, por su manera de mirar volviendo la cabeza atrás con la facilidad de un ánade, por su risa perenne y atropellada, como uno de esos riachuelos que saltan de una peña siempre con igual monotonía y descompasado ruido, olia á media legua á señorita de algun pueblecillo de la Rioja ó el alto Aragon sin que en honor de la verdad, pueda asegurarlo.

Otras dos habia con ella; alta, colorada, vulgar una, sin rasgo alguno característico que revelase educacion ni inteligencia, vestida con ridícula pretension de sencilla elegancia: fina, dulce, simpática, de candorosa fisonomía la otra, y entre las cuales, oí claramente el subsiguiente diálogo.

—Chica, decia la de tipo moreno, ¿á qué hemos venido?

—A ver el besamanos.

—Pues claro está; yo aquí me hieló.

—Y yo.

—Y yo.

—Pues entonces estamos de mas.

—¿Y por qué?

—Porque ninguna necesidad tenemos de cojer un catarro, pudiendo estar sentadas y al abrigo.

—Como gustes.

—Si, si; porque hija, como ves, yo á lo que he venido á Madrid es á divertirme todo lo posible: por eso ya que hoy se me ha presentado ocasion, no es bien que la abandone por un quítame allá esas pajas. Veis? ya empiezan á bajar señoras de los coches y subir arriba: hijas, me abrasa la impaciencia; mas si es que no quereis subir porque no vais vestidas, peor voy yo y sin embargo estoy bien segura que la reina no me dirá nada.

—Pero muchacha ¿qué es lo que pretendes?

—Toma! pues, subir á ver y hablar á la reina.

Las amigas soltaron la carcajada.

—Pues claro está! no suben otras?

Y ya se disponia á trepar los régios escalones, cuando oí que á fuerza de reflexiones pudieron convencerla, no sin que esclamase: ¡Para esto viené una á Madrid!

De solemnidades, poco.

Las que mas han llamado la atencion son las del bautizo del infante dado á luz por la infanta Doña Amalia, esposa del príncipe Adalberto, y la llegada á esta corte desde Barcelona la reliquia de San Juan, destinada al oratorio particular de la reina.

La ceremonia del primero, se verificó en la capilla de Palacio, con toda la pompa y solemnidad acostumbrada para los hijos de los reyes.

En cuanto á las personas que asistieron fueron muchas, contándose entre ellas los ministros de la corona, los individuos del cuerpo diplomático, extranjero y sus señoras; los caballeros del Toison, el introductor de embajadores, capitanes generales de ejército y armada, capitán general de Castilla la Nueva, arzobispos y obispos residentes en Madrid, patriarca de las Indias, cardenal arzobispo de Toledo; confesor de S. M., presidente del Tribunal Supremo de guerra y marina; presi-

dentes del senado y congreso, regente de la audiencia, presidente del Tribunal Supremo de Justicia, gobernador civil, alcalde corregidor, directores de las armas y administracion militar: gobernador militar, vicario eclesiástico; mayordomo mayor de palacio, sumillers de corps, gentiles hombres y damas de S. M.: ayudantes de S. M. el Rey: mayordomo y caballerizo mayor del príncipe Adalberto: comandante general de alabarderos: intendente general de la Real casa: mayordomos de semana, gentiles hombres de casa y boca y del interior y otra multitud de personas que fuera prolijo enumerar.

Como veis, la ceremonia no pudo estar mas brillante aunque á decir verdad, fué la reina la que quiso se desplegase tan extraordinario aparato.

La otra se verificó el 25 del mes, cuya relacion os haré porque no deja de ser curiosa.

La reliquia en cuestion es el brazo y mano de San Juan Bautista, traída desde Barcelona.

En la estacion del ferro-carril se hallaba con anticipacion un coche de la Real casa en el cual entró el venerable prior que la conducia, dirigiéndose acto continuo á Palacio.

Llegados pues, al pié de la régia escalera y hechos á la reliquia los honores de Infante de España, el prior, apeándose del carruaje, hizo entrega de ella al señor receptor, que con todos los capellanes de la real casa lo esperaban, diciéndole de esta manera: "Recibid la santa é insigne reliquia del brazo y mano de S. Juan Bautista, para colocarla en el oratorio de la Real cámara." A lo que contestó el señor receptor: *accipio*.

Acto continuo fué conducida procesionalmente á la Capilla Real, donde se dejó depositada por breves horas.

A las tres de la tarde, reunidos que fueron los altos dignatarios, y los caballeros Sanjuanistas, se entonaron algunas preces á Dios por el Sr. Patriarca, que vestía de pontifical, los capellanes de honor, el clero de altar y coro y una magnífica orquesta.

Concluida esta ceremonia dió principio la procesion, abriendo marcha la cruz patriarcal á la que seguian los empleados de palacio, el Sr. Patriarca, que conducia la reliquia, el clero y por último, los caballeros Sanjuanistas, la comision conductora de la reliquia, la veneranda asamblea, y por último SS. AA. los serenísimos señores infantes D. Francisco de Paula, gran castellar de Amposta y D. Sebastian Gabriel, gran prior de Castilla y Leon con sus gentiles hombres y secretarios de Cámara.

Llegada la procesion á la real cámara donde se hallaban SS. MM., el Sermo. Sr. príncipe de Asturias, la infanta Doña María Luisa y la infanta hermana de S. M. el rey, se entonó el cántico del padre del Bautista por todo el acompañamiento, concluido lo cual, se verificó la adoracion de la santa reliquia, por orden de dignidad, dándose á poco por terminada la ceremonia.

Ahora bien: como la vida humana no es mas que un confuso revoltillo de bueno y malo, de agradable y penoso, de triste y alegre, de dulce y amargo,

ved aquí cómo sin querer nos hallamos del interior de un templo al interior de un teatro, ó lo que es lo mismo, de lo mas grave y mas religioso, á lo mas ridículo y mas profano.

Pero en fin, así están las cosas y fuerza es aceptarlas de buen ó mal grado.

Nos hallamos, pues, en el teatro Real.

Se hace la *Norma*, primera ópera en la presente temporada y con la cual van á debutar la señora Grissi y el tenor Mario, reputaciones que con mayor ó menor aceptacion han asombrado á toda Europa.

El teatro se desgaja de gente.

Torrentes de luces proyectan sobre el oscuro terciopelo de los palcos los rostros mas admirables, los trages mas vaporosos, las figuras mas delicadas que encierra el ancho círculo de nuestra alta aristocracia.

La impaciencia se lee en todos los semblantes, la ansiedad en todos los ojos, la expectativa en todos los espectadores.

Ha sido tanto lo que se ha hablado de la Grissi, de Mario, de la Sarolta y de Pavani, que la gente arde en deseos de convencerse por sí propia de la completa verdad.

Por fin, rompe la orquesta, la campanilla suena: se levanta el telon.

Las primeras escenas pasan sin novedad: el público se mantiene grave y reservado.

Pero aparece la Grissi y.... empieza á cantar.

A las pocas notas los inteligentes empiezan á apreciar sus facultades.

Sigue adelante y los medianamente inteligentes muestran algun disgusto.

Prosigue en su tarea y los profanos le lanzan sin apelacion su terrible fallo.

Un cierto coro de chicheos, toses y otros comestibles empiezan á cruzar de aquí para allí, de allá para acá: la señora Grissi lo comprende así, y al entrar entre bastidores, prorrumpe contra los españoles en un diluvio de denuestos, amenazas y groserías, que habiendo llegado á oídos de algunos espectadores, alteraron de un modo notable la indignacion pública.

Sale, pues, segunda vez; y fuera por el orgullo mal comprimido, por rabia, por agitacion ó por falta de facultades, es el caso que lo hizo tan mal, que con lo que ya habia pasado y con lo que estaba sucediendo fué tal el alboroto, el bullicio, los gritos, los silbidos que aquellas miles de bocas lanzaban, que ni en el infierno el día que oigan la trompeta del juicio, creo se arme un escándalo tan estrepitoso como el de esa noche en el teatro Real.

¿Y la Grissi? me direis.

La Grissi, amigas mías, se mantuvo quieta: y encarándose con todo el público, empezó á hacer cortesías y dar las gracias hasta que cayó el telon, lo cual redobló de tal manera la exasperacion, que por un momento creí la iban á dar algun disgusto, de esos que la ceguedad de la ira aconseja.

El acto quedó á medio empezar: la Grissi no queria salir: el gobernador medió en ello, y la Grissi apareció otra vez sobre la escena.

Pobre mujer!

Su semblante habia variado de una manera lastimosa; no era el semblante de la mujer que acepta el reto que le acaban de lanzar, no; era el de la dama que aislada y sola en medio de un pais que desconoce, tiene que inclinar la cabeza y sufrir humillada los rasgos de la indignacion. Aquella modestia, aquel arrepentimiento, la salvó.

Apenas se apercibieron de ello los espectadores, cuando una salva de aplausos cayó sobre aquella alma lacerada como una lluvia de bendicion, lo cual, si no mitigó por todo su pena, debió por lo menos servirle de lenitivo en el amargo trance porque estaba pasando.

Así lo comprendió y así lo demostró al público con sus corteses y modestas maneras.

Poco despues la funcion habia terminado. Nadie creia que despues de lo acontecido la señora Grissi volviese á presentarse en escena: pero nada menos que eso; al otro día volvió y con ello á sufrir el mayor descalabro que registran en sus anales los archivos del teatro.

Este sí que fué escándalo y medio.

Un célebre crítico, amigo mio, que tambien tuvo la desgracia de concurrir, lo ha reseñado de este modo:

"Mario, que el día anterior se habia captado las simpatías de gran parte del público, justo apreciador de su maestría en el arte del canto, como de su inteligencia escénica, apenas pudo cantar el viernes, porque el esfuerzo de la noche anterior habia secado su garganta, que se hallaba en el estado deplorable, que, por desgracia es el mas usual en dicho artista, de quien se sabe que solamente reservando sus recursos vocales y cuidándose mucho, logra cantar y hacerse oír con algun agrado en representaciones muy escasas.

"Unido esto á que la Grissi estuvo lo mismo que en la primera noche, alterando todos los cantos, desvirtuando completamente la música de Bellini y dando mal rato á los que acostumbran asistir á la ópera italiana para recrear su oído, se comprende muy bien el disgusto general que experimentaría el público. No queremos, sin embargo, disculpar con eso el proceder inconveniente y el grosero tumulto promovido por unos cuantos que se propasaron hasta un punto que no es permitido entre gente de mediana educacion."

Hasta aquí mi amigo.

Ahora me toca deciros que lo que esta noche pasó no tiene punto de comparacion con lo de la primera.

Allí todo fué rudo, firme; pero espontáneo.

Aquí todo torpe, pequeño, duro, ignominioso y bajo.

¡Hasta patatas rodaron á los piés de la desgraciada señora!

¡Cuanta razon no tendria, si sacando un día el estrangero una muestra de ese prosaico fruto dijese á voz en grito: "¡hé aquí las flores de los españoles!"

En fin, amigas mías, os he hecho esta descripcion porque como es fácil que esta señora visite al-

guna de esas poblaciones, sepais á qué ateneros si canta, y le hagais toda la justicia que merece.

De modas... cero.

Hijas! da dolor ver lo que aquí pasa.

Se ven por esas calles de Dios unas ojeras... y unos rostros tan surcados por el insomnio... y unos semblantes tan macilentos y tan marchitos... (por supuesto, en ellas) que dá pena en el corazon mirarlos.

Y todas van de trapillo; necesitan los trapos para hacer hilas y vendajes.

He aquí por qué han concluido las modas.

Las mujeres visten para ser admiradas por los hombres; los hombres se van á la guerra ¿para qué necesitan, pues, las mujeres todas esas prendas de ostentacion y lujo? Para maldita lá cosa.

Al revolver hace noches una esquina á las altas horas de la noche, halléme de manos á boca con un grupo compuesto de un jóven alto, moreno, elegante y de airoso continente, entre cuyas manos descansaban las de una dama vestida de negro, el velo echado y aristocráticas maneras.

A poca distancia habia una blasonada berlina, y un lacayo á corta distancia de la berlina y la señora.

—Por Dios, por Dios, le decia ella, no te vayas, Enrique mio, no te vayas.

—María, los ángeles son los intercesores entre Dios y los hombres: sé tú el ángel encargado de rogar á Dios por mi existencia. Ah! ¿qué harías tú si vieses dar de bofetadas á tu madre?

—Dios mio! matar á quien á tal se atreviese.

—Pues bien, mi madre es mi patria; la han encarnecido; ¿me impedirás que vaya á vengarla?

—Ah! no, no; vé, vé y pelea por ella y.... acuérdate de mí.

—Ni un momento te apartarás de mi imaginacion; mi brazo descargará rudos golpes al solo recuerdo de tu nombre y tu imagen querida será el lábaro de salvacion que velará por mi existencia. Pero ¿por qué lloras?

—Enrique, temo que me olvides. Hay en el Oriente mujeres de arrebatadora hermosura.

—María, las consideraré como esclavas tuyas y mi amor se habrá salvado.

—Ah! gracias, gracias.

Y oí el choque de dos labios que se daban un postrer adiós y los gemidos de un corazon destruido y el roce de un vestido que se alejaba; y el ruido de un carruaje que partía al galope.

Desde esa noche no he parado en correr calles y plazas, casas y teatros, con el solo objeto de buscar una mujer con quien poder hacer lo mismo la noche de mi partida, caso de tener que ir á la guerra.

Y teniendo á mi lado á un carísimo amigo que no me deja escribir con el relato de unos amores afortunados que lo hacen feliz, doy fin á esta Revista, aplazando muchas cosas para el siguiente mes, que espero os han de gustar mas que las de este.

SEBASTIAN DE MOBELLÁN.

AYES DE UN AMOR NACIDO EN LA PUNTA DE LA VACA. (1)

ROMANCE.

Un mozo de tres al cuarto,
solemnísimo babieca,
la siguiente carta escribe
á su cruda Dulcinea.

"Señorita, por quien peno
hace ya semana y media
con fatigas que no sé
si son blancas ó son negras,
para alivio de mis ansias
os envío esta jaquica
adobada de suspiros
y en una epístola envuelta.
Si es que os estorba lo negro
haced que el mozo os la lea,
aunque el mandado os apunte
en el libro de la cuenta.
Serviráme ella de récipe,
pues en males que así aquejan,
antes de tomar la quina
conviene echar humor fuera.

"Era un martes, día aciago,
cuando en su tarde serena
por ver el ferro-carril
salí á la Puerta de Tierra.
Allí al través de las pitas
os descubrí en una huerta
triscando sobre las coles,
retozando entre las berzas.

"No de las blancas espumas
del reino de las lampreas
surgió con mas atractivos
la divina Citeréa,
cual vos de la verde alfombra
de espinacas y de acelgas
surgisteis á ser de entonces
la Venus de las afueras.

"Párome estático al veros,
y mis ojos se pasean
de la trenza al miriñaque,
del miriñaque á la trenza;
y aunque apartarlos procuro,
vuelven, por mas que no quiera,
de la tienda á la garita,
de la garita á la tienda.

"¡Qué mucho, si á festejar
vuestra gracia y gentileza
parece que toma parte
cuanto os mira y os rodea!

"Las pintadas lagartijas
saliendo de entre la yerba
para mejor contemplaros
sobre las cañas se trepan;
sus cuernos los caracoles
van sacando á la vergüenza
y la baba se les cae
al ver á tan linda huéspedea;
cantan gozosas las ranas
en el fondo de la alberca,
y hasta el macho de la noria
aguza entrambas orejas.

"¡Oh amor! bien dijo el que dijo
que en los campos te recreas
porque el huracan del mundo
tus flores marchita y seca!

"Yo que arrostré impunemente
del Perejil las bellezas,
yo, que en la plaza de Mina
de diez Didos fuí el Eneas,
cuando menos lo pensaba
probé de amor la saeta
asestada entre lechugas,
zanahorias y habichuelas.

"El sol se puso, tocó
á recoger la corneta,
y emprendió la retirada
con vos la familia entera.

"Ibais delante, en seguida
la mamá, según las señas,
morecon del siglo pasado,
mala facha y peor fecha.

"Perdonadme esos piropos
que mi cariño revelan,
que es bien hable como yerno
quien aspira á tanta suegra.

"Íbamos, cual dije, en sarta,
vos delante, tras vos ella,
tras de mamá una perrita,
y yo detrás de la perra.

"Por mas que mamá forzaba
de su vapor las paletas,
tan solo en un tris estuvo
que no cogiésemos puertas;
mas al fin por el cañon
entramos á duras penas,
y aunque en mí no reparábais,
en cambio vuestra Diamela,
que sin duda olió mi amor
y que en lo arisca os semeja,
gruñendo hácia mí volvía
su hocico airada y aviesa
enseñándome los dientes,
cual si advertirme quisiera
que animal por animal
primero que yo era ella.

"Llegamos á vuestra casa,
y desde aquella hora mesma
sin que seáis coronel
os hago la centinela.

"Debajo de esos balcones
aprovecho via recta
la basura del barrido,
el polvo de las esteras,
el alpiste del canario
y el agua de las macetas.
Empero nunca consigo
por mas que el pescuezo tuerza
ver asomar vuestra cara
por ventana ó por gatera.

"Hacedlo una vez, señora,
ya que dinero no os cuesta,
y mirad mi *coram vobis*
por si acaso el novio os peta.

"En exhibicion me pongo
cual mulo que sale á feria,
que es de amor comun milagro
trocar los hombres en bestias.

"Si de mis cargos y empleos
quereis saber cosa cierta
os diré soy inspector
de calles y de alamedas;
y no se pone adoquin,

(1) Composición leída en el Ateneo de Cádiz en la sesión del 3 de Abril de 1859.

ni en obras se alza una piedra,
ni un tubo de gas se empalma,
que yo no escudriñe y vea.
Y aunque hasta ahora el municipio
estos servicios no premia,
en el ramo de empedrados
ha de emplearse cuando sepa
no hay pison que mas trabaje
que de mis botas las suelas.

"Tambien algun dia espero
tener mi poco de tierra...
cuando me la echen encima
despues de que yo me muera.

"Tal soy de levita adentro:
vedme de levita afuera,
y apechugad con mi bulto
si hambre de palique os ciega.

Partido no soy, ni quiero,
porque vivo en la creencia
que mas que un hombre partido
vale un hombre en una pieza.

Si me quereis, vuestro soy,
cerrad los ojos y á ella;
si nó, dos cuartos de fósforos
pondrán fin á mi existencia;
y haré que un amigo escriba
con carbon sobre mi huesa:

"—No á la Punta de la Vaca
os desliceis, oh almas tiernas!
porque amor en aquel sitio
tira cornadas por flechas.

Ni esparzais sobre mi tumba
la siempreviva y la adelfa;
mas flores de calabaza,
que son las que á un desden sientan.—"

FRANCISCO FLORES ARENAS.

El dia de Todos los Santos y el dia de Difuntos.

Si además del calendario eclesiástico hubiese otro arreglado á las costumbres sociales, habríamos de encontrar entre ellos notabilísimas contradicciones. Por ejemplo, en las mas de las fiestas que en aquel se señalan con la palabra *ayuno*, se marcarian en este con la palabra *hartazgo*, si es que no se creyese que le venia mejor la de *indigestion*; porque ello es un hecho que los grados de festividad no acostumbran á calcularse por lo que se repica, sino por lo que se masca.

Como verbigracia del principio que acabamos de establecer, no tenemos sino volver la cara hácia el dia de Todos los Santos que acaba de pasar, y que no ha sido mas que un fiel trasunto de los que le precedieron; porque ha de tenerse en cuenta que toda costumbre que se roza con el comer se admite con facilidad y se arraiga tenazmente. Los goces estomacales preponderan siempre sobre los del alma, y mucho mas hoy dia de la fecha en que los intereses tangibles lo absorben todo. Esto tal vez habrá quien piense que no hace mucho honor al ser inteligente por excelencia al que llamamos hombre; pero es una verdad tamaño como la catedral de Sevilla.

La fiesta de que vamos hablando se celebra en efecto del mismo modo en las diferentes partes de España que conocemos; pero esta identidad está en la esencia y no en los accidentes. La víspera, en Castilla por ejemplo, es la noche de los puches; aquí la de las frutas de invierno, cuyo reinado se inaugura en tal dia, así como en Longchamps se inauguran los trenes, las telas, los peinados, los sombreros que han de dar el tono en Paris durante la estación que en aquel punto comienza á asomar. Es decir, que las castañas, las bellotas, los peros, las camuesas y las batatas tienen tambien su gran dia de exhibicion, tienen su Longchamps.

En semejante noche la costumbre, mas poderosa que la ley, abre un paréntesis en las prescripciones de la ordenanza municipal, y se tolera á los puestos el que se salgan de madre impunemente. Hasta dos dias despues no se obliga á las nueces, á las avellanas ni á los nísperos á entrar en formacion correcta, alineándose con la pared de la calle, ni se declara fuera de la ley á ninguna camuesa por el hecho de propasarse á romper la formacion que en el estado normal se le prescribe.

El adorno mas corriente de los puestos en la solemnidad de *los Todos Santos*, consiste en banderas, las cuales á merced del viento ondean sobre los candiles que alumbran la mercancía, ofreciendo á la vista un espectáculo que algo tiene sin duda de singular.

Ya se le alcanza á cualquiera que todas aquellas frutas no se ponen allí para que las vean, sino para que las compren, que es en efecto lo que sucede. No hay sino pararse á considerar todo el estrago que un par de sacos de aquel mosaico comestible puede hacer donde se ponen punto, menos que á la disposicion de media docena de chicos, para no admirarse luego de las consecuencias.

Pero dejemos aquí este asunto, y digamos dos palabras de un célebre aniversario que con este dia coincide. Queremos hablar del que recuerda el gran terremoto é inundacion que puso á Cádiz al borde de su ruina en el 1.º de Noviembre de 1755.

El acto de sacar procesionalmente la venerada imágen de Nuestra Señora de la Palma que dá nombre á la capilla, atrae todos los años á aquel campo inmediato y á aquellos apartados barrios un inmenso concurso de gentes, que se apiñan, se empujan y se codean por espacio de algunas horas. Acaso por eso, esta vez se ha dado á su carrera una inusitada estension, esparciéndose así en harta mayor escala el gentío, que de este modo permite mayor lucimiento y devocion para el acto. La idea no ha parecido muy buena, porque la verdad es que cuando uno está en prensa no es fácil conserve el espíritu bastante libre para rogar con fervor á Dios ni á su Santísima Madre por la contingencia de futuros peligros, toda vez que le ha de preocupar el que está corriendo en aquel punto de no salir ileso de semejantes

apreturas, las que allí por razones de localidad suelen ser mayúsculas.

Solemne y hasta significativa es la contraposición que ofrece el fausto repicar de aquellas campanas con el triste tañido de las demás que doblan como víspera de los difuntos. Aquellas celebran lo que fué aquel día; estas parecen recordar lo que pudo ser.

Al inmediato, la población de Cádiz, que no sin trabajo y contrarestando añejas é injustas preocupaciones ha logrado adquirir merecida fama de religiosidad, acude en masa á los templos vestida de luto. Las familias todas corren á postrarse al pie de los altares donde se celebran los sagrados sacrificios, y allí oran por el descanso de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos. Aquel es en efecto el lugar de la oración y del recogimiento. Buscar otras partes para ofrecer á los difuntos el homenaje de lágrimas y preces que debe tributárseles con mayor especialidad en este día, es buscar pretextos para una diversion mundana; es profanar el santo asilo de la muerte.

Hace algunos años que merced á particulares circunstancias se logró cortar un abuso de este género, el cual tuvo su origen en una costumbre piadosa. Las familias de las personas enterradas en este cementerio hacían colocar delante de los nichos de estos ó sobre sus sepulturas luces, guirnalda y ramos de flores. Comenzó á concurrir allí por espíritu de devoción; pero como todo degenera, concluyó aquello por trocarse en un paseo. Aquellas guirnalda, aquellas flores, aquellas luces, dieron en ser motivos de emulación lujosa, porque eran objeto de la curiosidad universal. La arena que escondía en su seno los cadáveres de una generación entera, se tornaban tal vez en palenque de sentimientos harto mundanos, y el alarde de ostentación fastuosa vino á remplazar á los tristes sollozos y á la oración ferviente de la orfandad y de la viudez, que espantadas huyeron de aquel suelo profanado.

No esperamos que aquella mala costumbre se reproduzca; pero debemos recordarla por si alguna vez lo intenta.

Paz á los muertos: respeto á sus cenizas. Al penetrar en el recinto que las guarda, leamos primero las sublimes palabras de Ezequiel que están grabadas sobre su puerta: "Profetiza sobre estos huesos." Quien no sepa comprender las grandes reflexiones que ellas encierran, no huelle con su planta la mansion de los difuntos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El tiempo está indeciso y caprichoso, lo cual hace que se vea en los equipos una mezcla rara y hasta chusca. El traje de lana ligero y la espesa y pesada capa hacen parte de un mismo vestido de verano. A derechas no sabemos donde está la estación; pero Noviembre vá muy pronto á hacer sonar su fúnebre

clamoreo, y es menester prepararse á sufrir los días malos, tan nublados, tan tristes, y durante los cuales no se vive en realidad sino de noche.

Digamos en tanto una palabra de trages, de sombreros, etc.

Comenzaré por la designación de algunos lindos modelos, que he admirado ayer en casa de Mme. Alejandra Ghys.

Primer modelo.

Trage *duquesa*, esto es, de una pieza sola, de tafetan rayado malva de dos matices, y rayas satinadas negras.

Este traje tiene de alto á bajo tres órdenes de adornos de figura de almendrados de terciopelo negro, al rededor de cada uno de los cuales se pega un encage.

Mangas *Gabriela*, flotantes, muy anchas y muy largas, ilustradas con los mismos almendrados de terciopelo, ó mejor, margaritas; porque este último nombre es harto mas gracioso que el otro.

La nagua está plegada con grandes pliegues huecos al rededor del talle. Sobre el corpiño hay una pelerina de cinco puntas rodeada de encage negro, con una margarita de terciopelo en cada una de las puntas.

Segundo modelo.

Trage de tafetan negro. Sobre la nagua, encima del dobladillo, hay dos tiras de terciopelo negro al sesgo, de diez centímetros cada una de alto, y con el espacio de una mano poco mas ó menos de una á otra, describiendo un feston puntiagudo.

Mangas anchas forradas de tafetan blanco, rodeadas por una colmenilla de cinta por la parte de adentro, y adornadas, como la nagua, por dos bandas de terciopelo, pero solo de dos dedos de alto.

Corpiño montante, abotonado, con punta por delante y por detrás.

En el delantero y en la espalda tiene un pedazo de terciopelo negro, terminado por arriba en una tira festonada.

En lo alto de las mangas, un *jockey* de terciopelo guarnecido de encage.

Tercer modelo.

Trage de tafetan de fantasía, guarnecido por una tira de tafetan liso, de veinte y cinco centímetros de alto.

Esta es una fresquísima innovación.

Corpiño montante, con talle redondo y abotonado.

Sobre este corpiño una mariscala con charreteras, que armonice con el color del tafetan liso que guarnece el traje.

Mangas anchas.

Hasta el presente Mme. Alejandra Ghys hace pocas mangas cerradas. Se dice que no serán aceptadas sino para *negligé* ó equipos de poco lujo.

Las dobles naguas tampoco parece que están por el momento muy de moda.

Hay trajes para casa ó para el campo eminentemente fantásticos, los cuales se componen de una nagua talar de estilo gótico, de tela confeccionada por mitad de lana y seda, ó de popelina de Irlanda acolchada, y de una casaquilla ó chaqueta *zuava*, de paño, con bordados de cordoncillo negro ó de colores adecuados. Algunas elegantes llevan con estas naguas góticas una casaquilla *zuava* de terciopelo de color, entonces esta se recama enteramente con cordoncillo de oro.

Se colocarán volantes en los trages de tafetan liso, y guarniciones de fantasía en los de telas de fondos sembrados, de rayas, ú otras disposiciones.

Ved aquí para hacer juego con estos lindos trages, los encantadores sombreros de Mme. Alexandrine.

Primer modelo.

Sombrero de terciopelo pensamiento y tul negro.

Una tira de tafetan serpentea al rededor de la forma. A la derecha del ala, que es de terciopelo, hay una cinta cruzada color de pensamiento. Encima del bavolet, un lazo de cinta muy ancha, con largos cabos flotantes.

En el interior, una media guirnalda de flores de terciopelo pensamiento, mezcladas con blonda blanca á conchas. Carrilleras de blonda.

Segundo modelo.

Este sombrero es tambien de terciopelo violeta, pero de tres matices.

El fondo semeja un pequeño nido vuelto del revés, y está totalmente cubierto por muchas tiras de encaje negro muy estrecho y fruncido.

A la izquierda del sombrero, un ramo de hojas de varios matices y de un género nuevo.

En el interior del ala, igual follage y blonda blanca.

Respecto á lencería, ved aquí algunos caprichos.

Se hacen camisas de mujer de *jaconas* de color, guarnecidas por abajo con plegados de doble cabeza. Hay otros modelos de *jaconas* blanco, festonados y bordados de color.

Las mangas interiores se hacen mas voluminosas que nunca; todas tienen puño: los unos, bordados, vueltos, guarnecidos de *Valenciennes*; los otros rodeados de encaje negro, con cintas flotantes, terciopelo ó lazos.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de *moiré* antique color de pensamiento rodeado de terciopelo: monillo redondo y cinturón de terciopelo con un nudo y largos cabos adornados de encaje negro: mangas cuadradas abiertas con *jokey* rodeadas de terciopelo y forradas interiormente de satén blanco: al filo pequeño rizado de cinta: manguito de tul con lunares: cuello de encaje. Sombrero de *crespon* con adornos de plumas y blondas.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de popelina verde esmeralda: monillo alto abotonado y redondo con adornos de pasamanería: mangas largas: manguito y cuello de muselina bordada. Sombrero de *crespon* rosa. Guante lila.

TERCER FIGURIN.

Vestido de gró blanco con dos enaguas, adornada la de encima con tableados del mismo género: camiseta alta de muselina.

OTRO FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Manteau *Armande* de género de lana con doble chal y mangas, adornado de pasamanería. Vestido

de gró rayado: monillo alto: mangas formadas de un buche con una guarnicion. Sombrero de terciopelo negro y velo.

SEGUNDO FIGURIN.

Pañolón *Marie Louise* de terciopelo negro ricamente bordado y guarnecido de tres anchos volantes de encaje. Vestido de terciopelo: monillo alto adornado de una mariscala de punto de Hungría con hombreras: mangas medio ajustadas con doble vuelta. Sombrero de blonda ó satén adornado de plumas blancas.

TERCER FIGURIN.

Manteau *Ugalde* de terciopelo negro con esclavina bordada y rodeada de un fleco ancho: mangas anchas. Vestido de gró adornado de pliegues formando delantal: monillo alto abotonado y de talle redondo: mangas pagodas con plegados: manguitos de tul: cuello bordado. Sombrero de *crespon* azul Prusia y velo de encaje.

CUARTO FIGURIN.

Pardessus *Henrique IV* de gró negro con esclavina redonda y mangas Gabriela forradas de tafetan labrado y todo rodeado de tableados de tafetan del mismo color. Vestido de gró con cinco volantes: monillo alto abotonado: mangas de tres volantes y un buche: manguito de tul blanco y puño vuelto de encaje negro: cuello con dobladillo y embutidos. Sombrero de *crespon* blanco y adornos de terciopelo verde Isly, y yerbas: en el interior bandeau de terciopelo verde.

QUINTO FIGURIN.

Manteau *Imperial* de tela de Astrakan gris ajustado por delante y suelto por detrás: mangas Gabriela con hombreras á lo Emperatriz: manguito de muselina: cuello y puño *Pompadour*. Sombrero de terciopelo negro con adornos de plumas de gallo. Vestido de gró *tórtola* adornado de trece pequeños volantes rodeados de cinta estrecha plegada: monillo alto con talle redondo: mangas de tres buches y uno vuelto adornadas como la enagua.

SESTO FIGURIN.

Manteau *Romeo* muy ancho de terciopelo negro con esclavina adornada de un bordado de punto de Hungría con mostacilla y fleco: mangas anchas. Vestido de terciopelo labrado: monillo alto adornado de una mariscala del mismo color del vestido: mangas medio ajustadas: manguito y cuello de encaje. Sombrero blanco de terciopelo con adornos de *crespon*, terciopelo, y flores marrón.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Números 1 y 2.—Cuello y puños, feston fino, bordado inglés y al pasado.—3 y 4.—Id. id.: al pasado ó bordado ligero.—5 Pañuelo: al pasado y punto de armas.—6 Embutido: al pasado.—7 Puño para el manguito n.º 18: al pasado, punto de armas, feston y cadeneta.—8 Embutido: al pasado y feston.—9 Banda: al pasado.—10 Esquina para pañuelo P. L. ligadas: bordado inglés.—11 Pañuelo: feston.—12 Centro para pañuelos, cojinete para alfileres, etc.: al pasado y feston ó cordoncillo.—13 Esquina para pañuelo L. C.: al pasado y lunares.—14 Embutido: al pasado.—15 Guirnalda: punto de cadeneta.—16 Pañuelo: al pasado ó feston y lunares.—17 Embutido: al pasado y ojete.—18 Manga de musolina: al pasado, punto de armas, feston y cadeneta.—19 Esquina para pañuelo A. P. ligadas: al pasado.—20 Banda: al pasado, cordoncillo, feston y el centro de las rosas caladas.—21 Esquina para pañuelo Josefa de Martos: al pasado y bordado inglés.—22 Id. id. Fuensanta Peinado: id. id.—23 Id. id. María de la Paz Peinado: id. id.—24 B. D.: al pasado.—25 Paca: id.—26 Francisca: id.—27 Ventura: id.—28 D. T.: id. rico.—29 R. T. V.: id. id.—30 G. L.: id. y lunares.—31 L. C.: id. id.—32 Antonio: id.—33 M. L.: id. y lunares.—34 Inés: id. id.—35 C. de H. y corona: id.—36 C. S.: id. y lunares.

Chaqueta *Zuava* señalada con los números 1 á 4.—Este sencillo y elegante abrigo para casa puede hacerse de las telas que indicamos en nuestra revista de Modas ó de paño negro adornado de cordoncillo ceceza, para lo cual no hay mas que seguir el mismo dibujo de los patrones. Por si se quiere cerrar se le colocan al delantero por la parte alta uno ó mas botones y presillas; pues como se comprenderá, es una prenda que se ha de tener holgada: mangas sin costura; uniendo las dos partes con los mismos botones y presillas que se indican para el delantero.

Número 1. Delantero.—2 Espalda.—3 Costado.—4 Manga.

Número 5.—C. de H. y corona: al pasado rico.—6 Teresa Fuertes: id.—7 Manuel Fuertes: id.—8 Dolores Martin: id.—9 V. A. G.: id. ó cadeneta.—10 Consolacion Camino y Alvarez: id. y lunares.—11 Esquina para pañuelo; Mariana Galvez: id.—12 A. N.: id. rico.—13 M. N.: id. id.—14 Emilio Montesinos: id.—15 E. M. G. R. F. S. C. O. A. Y.: id.—16 Guillerma Campos: bordado inglés.—17 Adela Alvarez: id.—18 Francisca Riverol: id.—19 Esquina para pañuelo: Carmen: id.

Con el presente número repartimos dos figurines para señora, siendo uno de ellos doble con los abrigos para la próxima estación. Creemos complacer á nuestras suscriptoras prefiriendo este al dibujo de tapicería, sin embargo de ser mucho mas costoso.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Segunda serie. Conclusion.*—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armijo de Cuesta.—*Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Prefacio de una novela inédita, titulada: La senda de flores*, por D. Maximino Carrillo de Alborno. —*Literatura de la Isla de Cuba. Lindísima coleccion de composiciones en verso de diferentes poetas cubanos.*—*Revista de Madrid*, por D. Sebastian de Mobellan.—*Ayes de un amor nacido en la Punta de la Vaca, romance*, por D. Francisco Flores Arenas.—*El dia de Todos los Santos y el dia de Difuntos*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Esplacion del figurin de modas.*—*Id. de otro figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin doble para vestidos de señoras.*—*Otro id. id.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Arbol sin agua, casa sin techo, mujer sin amor, marido desunido, es dado son cuatro cosas que lleva el diablo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

